REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 3 Diciembre | Núm. 21

Año XIV. No. 613

SUMARIO

La influencia de Chateaubriand en Hispanoamérica

= *Envío de la autora.* San Juan de Puerto Rico =

De la señorita Concha Meléndez, nos dice lo siguiente Gabriela Mistral, que tan inclinada se muestra a descubrir y a señalar valores nuevos.

> Ud. sabe que entre nuestros pueblos, ninguno hay tan olvidado y tan ignorado como Puerto Rico, aunque no tenemos tierra más leal a la raza y a la lengua.
>
> La señorita Concha Meléndez es la primera doctora de la Isla, una doctora en letras de las finas, ya que tiene una cultura literaria que se aproxima a la erudición en las cosas nuestras; ha escrito un estudio precioso de Amado Nervo y ha co-dirigido una excelente revista de allí que se llama **Indice**.
>
> Publique Ud. algunos trabajos de ella que servirán en primer lugar para dar a conocer a una de las mejores mujeres de letras que tenemos hoy por hoy, y luego para recordar a nuestra gente la isla noble y desconocida, que se merece otra suerte.
>
> (Fragmento de carta al editor del *Rep. Am.*)

Chateaubriand

Cumpliendo los deseos de mi amiga Gabriela Mistral le envío unas páginas de mi tesis La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889) *que presenté el último junio ante la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México para optar al grado de Doctora en Letras. Esa tesis, fruto de una investigación laboriosa, intenta contribuir a la interpretación de un aspecto de nuestro romanticismo.*

Concha Meléndez

(Fragmento de carta al editor del *Rep. Am.*)

El exotismo americano en su más alta expresión artística lo representa en Francia Chateaubriand. El es, al mismo tiempo, el estímulo más fuerte de los cultivadores del tema indio en la época romántica. Ningún autor extranjero de la primera mitad del siglo xix, conquistó devoción tan unánime en la América hispana.

La influencia de Chateaubriand en nuestra literatura, constituye por sí, asunto fascinante para una disertación doctoral. **Atala** por lo menos, está unida desde el año de su aparición con la historia literaria de América: la primera traducción española de **Atala** fué hecha por el fraile mexicano Fray Servando Teresa de Mier en 1801.

En sus **Memorias** (1) hablando de la escuela de lengua española que abrió en París con el venezolano Simón Rodríguez, nos dice Fray Servando cómo, para acreditar el establecimiento,

> tradujo "el romancito o poema **Atala** de M. de Chateaubriand, que está muy en celebridad. Yo la traduje, aunque casi literalmente, para que pudiese servir de texto a nuestros discípulos, y con no poco trabajo, por no haber en español un diccionario botánico y estar lleno el poema de los nombres propios de muchas plantas exóticas de Canada, etc., que era necesario castellanizar".

Añade que el libro se imprimó con el nombre de Samuel Robinson con que se hacía nombrar Simón Rodríguez. Nos dice además, que el primero que vino a comprar la traducción fué el mismo Chateaubriand.

El entusiasmo por Chateaubriand duró mucho más en la América española que en España y tuvo asimilación más perfecta.

Observa Allison Peers que en España ningún genio romántico revela su influencia "y aún en los autores de segunda fila hay pocos que le hayan seguido hasta una fecha relativamente posterior" (1).

Las traducciones españolas de Chateubriand que han sido ordenadas por Allison Peers en el estudio citado llevan a la conclusión siguiente: de 1800 a 1830, la popularidad de **Atala, René** y **El último Abencerraje** culmina con la inmensa boga de **Atala**; de 1830 a 1843, la boga de las obras puramente literarias decrece para dar lugar al interés por las obras políticas; de 1843 a 1860, se publican ediciones completas de las obras de Chateaubriand; después de 1854 se traducen raramente las obras de imaginación, y tampoco las obras de otra índole después de 1860.

Posteriormente, M. Núñez de Arenas, en su artículo **Notas de Chateaubriand en España**, publicado en la Revista de Filología Española, Madrid, 1925, XII, 290-296, observa que las conclusiones de Allison Peers son exactas solamente en lo que se refiere a las obras políticas. Afirma Núñez de Arenas que conoce siete ediciones españolas de **Atala** y nueve de las otras novelas en el período de 1860 a 1890. No obstante, la imitación de Chateaubriand fué, como veremos enseguida, más definida en Hispanoamérica que en España.

En América, **Atala** empezaba a ser bastante conocida en 1822, fecha en que el colombiano José Fernández Madrid (1784-1837) incluyó en la primera edición de sus obras la tragedia Atala (2).

En 1825 los estudiantes del **Colegio del Rosario,** Bogotá, representaron esta obra. Asistieron al acto Bolívar y Sucre (3). Un joven llamado Plácido Morales

(1) Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias.—Prólogo de Alfonso Reyes.*—Madrid, Editorial América, s. f., 244-46.

(1) *Influencia de Chateaubriand en España.*—Estudio cit., 365.

(2) José Fernández Madrid, *Poesías del ciudadano,* La Habana, Imp. Fraternal, 1822.

(3) José Vicente Ortega.—*Historia crítica del teatro en Bogotá.*—Bogotá, Ediciones Colombia, 1927, 62.

personificó a Atala y "más de una lágrima de compasión hizo brotar de los ojos de las sensibles damas".

Comienza la tragedia con la escena de la tormenta. Chactas y Atala dialogan sin más antecedentes explicativos, reproduciendo los detalles de esta parte de la novela. Como en los romances viejos castellanos, los personajes son bien conocidos por el público, que casi puede improvisar mentalmente el curso del diálogo.

Fernández Madrid desglosa de la novela la parte más dramática. Chactas dice:

¿Y por qué en el silencio de la noche
te acercaste benigna a mi retiro
a decirme palabras de consuelo
hija de Simagán? Cuando a mi oído
llegó tu dulce voz, tierna, calmante,
te tuve por espíritu divino,
la virgen de los últimos amores,
me pareciste, te adoré sumiso.

En seguida aparece el Padre Aubrey cuyo nombre ha convertido el autor en Obrí. En algunos momentos Fernández Madrid cae en un prosaísmo lamentable que hubiera irritado a Chateaubriand. En la escena primera del segundo acto Chactas llama a Atala inhumana y mujer interesada que desprecia su amor pensando en el poder y las riquezas (1) y ella se lamenta de verse conceptuada como una "mercenaria". Obrí, felizmente, ha perdido en la tragedia su manía de predicador pesimista.

Esta tragedia comienza la etapa de entusiasmo creciente por la novela de Chateaubriand. Mucho más interés literario tiene el poema **Atala** que José María de Heredia (1803-1839) incluyó en la primera edición de sus poesías (2). La composición es bella, e indica que para los jóvenes soñadores de Hispanoamérica, la heroina de Chateubriand tenía ya la atracción de un personaje vivo, hasta el punto de ser cantada por los poetas. La virgen india describe su apasionado amor:

¿Qué han menester los hijos de los bosques
para vivir? En su follaje verde
felice techo nos dará la encina.
Saldrá el brillante sol y a par sentados
al margen de torrente bullicioso
veremos con placer su luz divina.

Y recordando el "voto detestable" termina:

¿Y le habré de olvidar? Vuela el colibri
de un bosque a otro y su pequeña esposa
parte rauda tras él... Mi suerte impía
volar me niega tras la prenda mía!

Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) discípulo de Heredia, quiso dar expresión al dolor de Chactas en la muerte de Atala y compuso una canción también titulada **Atala.** Muy inferior a la poesía de Heredia, escrita para cantarse, posee interés como reacción de otra alma de poeta joven ante los protagonistas inmortales:

Pues ha muerto mi Atala ¿qué importa
que los astros despidan fulgores
y se sequen las plantas y flores
o el mar quiera la tierra invadir?
Fué la hija de Lope mi cielo
cara amiga, dulcísima hermana,
bella flor que una sola mañana
vió la aurora nacer y morir (1).

El poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (1780-1847) escribió una **Canción indiana,** que sigue casi literalmente, el episodio de "la prueba de la antorcha" en **Atala.**

Entre las sombras mudas
en esta alzada loma
yo busco mi paloma
en alas del amor.
Yo voy a sorprenderla
allá en su mismo nido
solitario y querido
antes que nazca el sol.
.. ..

Cual conchita de nácar
de perlas guarnecida
su boca reducida
exhala grato olor.
Sus ojos de paloma
que arrulla lastimera;
su larga cabellera
es un campo de arroz.
Yo voy a sorprenderla
antes que nazca el sol.
Sus mágicas palabras
son bálsamo suave
que las heridas sabe
curar del corazón.
Sus pechos son cabritos
en un día de nacidos
de una madre paridos
y del mismo color.
¡Oh Mila! que yo vea
pendiente de tu seno
y de mil gracias lleno
el fruto de mi amor" (2).

La **Canción indiana** está incluída en la edición que Juan María Gutiérrez hizo de las poesías de Olmedo en 1848.

No fueron estos poetas los únicos que cantaron bajo el signo de la novela de Chateaubriand. Muchas explosiones de sentimiento quedaron inéditas perdidas quizás al margen del texto de **Atala.** O, como en el caso de J. M. Vergara y Vergara (1831-1872) escritas en una pared (3) quince años después de la primera lectura del poema.

Vergara y Vergara es representante del momento en que la obra de Chateaubriand en Hispanoamérica suscita la más encendida devoción. El escritor colombiano, visita la tumba del vizconde poeta en St. Malo y cuenta sus impresiones en unas páginas en prosa.

Reconstruí", dice "toda mi vida desde el día en que cayó en mis manos el primer libro del muerto cuya tumba honraba en este instante. Vi el ancho corredor de Casa Blanca en que leí ese libro y en que quince años después escribí en la pared el borrador de unos versos a Atala".

Esta es la actitud de los hispanoamericanos cultos ante Chateaubriand en el período de 1860-1880. En ese período se publicaron los fragmentos del poema **Gonzalo de Oyón** del colombiano Arboleda, donde la heroina Pubenza remeda a Atala en apasionamiento; las novelas indianistas de carácter poemático—**Anaida, Iguaraya, Cumandá**—donde la huella de Chateaubriand es fácilmente discernible, y aparece la bella novela de Jorge Isaacs, **María** (1867), imitación, la más feliz, de la tensión lírica y amorosa de la novela francesa: donde los personajes capitales leen a **Atala** y viven sus emociones intensificadas por esa lectura.

Efraim lee a María y Emma las páginas de **Atala.** Al terminar, el sol se había ocultado. Isaacs describe el efecto de esta lectura en palabras que demuestran cómo la sensibilidad romántica hacía una perfecta adecuación entre el arte y la vida:

"La cabeza pálida de Emma descansaba sobre mi hombro. María ocultaba el rostro con entrambas manos. Luego que leí aquella desgarradora despedida de Chactas sobre el sepulcro de su amada, despedida que tantas veces ha arrancado un sollozo a mi pecho, María, dejando de oír mi voz, se descubrió la faz, y por ella rodaban gruesas lágrimas. Era tan bella, como la creación del poeta, y yo la amaba con el amor que él imaginó" (1).

Juan Bautista Alberdi (1810-1884) en ese mismo período, al señalar la ausencia de verdadera poesía americana se refiere a las novelas indias de Chateaubriand proclamando al autor "el Homero de este siglo" (2).

Por último, el ensayista más notable de nuestro romanticismo, el ecuatoriano Juan Montalvo, siente "el dolor absurdo de que Chateaubriand se le hubiera anticipado en Chactas y Atala" (3) y en sus **Siete Tratados** (1873), explicando las razones por qué Bolívar no es admirado debidamente en Europa, da por una de ellas el hecho de que sus proezas no han sido descritas por escritores de "pluma de águila" y termina: "Pero la Musa de Chateaubriand anda dando su vuelta por el mundo de los dioses" (4).

En época post-romántica, José Enrique Rodó cita a Chateaubriand como uno de los estímulos capitales en el desarrollo del sentimiento de la naturaleza en la literatura hispanoamericana. Su ensayo **Juan María Gutiérrez y su época**

(1) *Obras de Fernández Madrid.—Impresas y publicadas en su centenario por la gobernación del Departamento de Bolívar.*—Bogotá, Imp. de Fernando Pontón, 1889.
(2) Nueva York, Imp. Gray y Bunce, 1825, 147-150.

(1) *Poesías de Plácido*, París, Bomet, 1904, 185-187.
(2) Véase-Vergara y Vergara, *La tumba de Chateaubriand.—La Patria.—Pequeña Revista de Colombia.*—Bogotá, 1878, 317.
(3) Olmedo.—*Poesías*, París, Garnier, 1896, 185-188.

(1) *María.*—Barcelona, 1912, 41-42.
(2) *Pensamientos.*—Buenos Aires, Roldán, 1920, 195.
(3) Prólogo a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.*—París, Garnier, 1921, 45.
(4) *Los siete Tratados*, París, Garnier, 1923, II, 147.

(1), tan orientador en la intepretación de nuestro romanticismo, tiene dos párrafos llenos de alusiones relacionadas con el tema de este trabajo:

"Rasgando inesperadamente la atmósfera de afectación y frialdad de la literatura de su tiempo con el soplo de la naturaleza y la pasión, un libro se publicaba en Francia que los corazones acongojados todavía por el horror revolucionario acogieron con íntima y ansiosa gratitud. Hablaba, en medio de una sociedad sacudida en sus cimientos por el desborde de todas las violencias humanas, del misterio reparador de los desiertos infinitos, y era como un soplo balsámico venido de Occidente para dulcificar el ardor del ambiente, inflamado en el olor de la pólvora y la sangre. Aquel libro, **Atala**, traía consigo la revelación de la naturaleza de América".

Y más adelante:

"Chateaubriand adquirió de su paso por las tribus de la Florida, el sentimiento de originalidad exótica y lo infundió en la novela franqueando el camino que luego había de recorrer con más escrupulosa observación Fenimore Cooper. Al indio de la filantropía y las ficciones patriarcales sucedió el del amor interesante y melancólico; al indio de **Les Incas** y **Aizirelde Atala** y **Les Natchez**".

Todavía en **Motivos de Proteo** volvería a expresar su admiración por Chateaubriand al aludir a René "en donde se juntan en un abrazo inmenso, la grandeza de la tierra salvaje con la grandeza del humano dolor" (1).

Es el indio "interesante y melancólico" el más frecuente en las novelas de nuestro romanticismo y Chateaubriand el modelo que se aspira a imitar en las novelas poemáticas.

Concha Meléndez
Universidad de Puerto Rico.

(1) *El mirador de Próspero*—Ed. cit., II, 177.

(1) *Motivos de Proteo*, Barcelona, Cervantes, 1923, 256.

El descrédito de nuestra América

= De *La Nación*, Santiago de Chile =

Recuerdo que durante la guerra europea viajaba entre España y Francia. Era en 1915. Iba al territorio francés pasando por la aduana de Hendaya. La situación era sumamente difícil para Francia, y se decía que San Sebastián era un nido de espías, dirigidos por el famoso von Krohn, de la Embajada en Madrid. Nosotros los chilenos estábamos sindicados de sospechosos a causa de la amistad de nuestro Encargado de Negocios, don Francisco Echaurren, con el agente alemán, Weinstein, ex-Cónsul de Chile en Lisboa. Al señor Cesareo Alvarez de la Rivera, Secretario de la Legación en Madrid, le habían negado sus pasaportes para París. No poco contribuyó a crear esa mala atmósfera el escritor Gómez Carrillo, acusando a la Legación chilena de germanofilia militante en **El Liberal**, de Madrid.

Al llegar a la aduana, pasado el puente internacional del Bidasoa, aparecieron los agentes y nos registraron a fondo las maletas. En la mía llevaba un disco de Strauss y algunas obras de Nietzsche, que arrojaron al río. Uno de los empleados no quería dejarme pasar, y tocó la suerte que el jefe de esa aduana era un caballero oriundo de Valparaíso, y al fin consiguió que me dieran el pase. Se llamaba Colson. En cambio, a un inglés, que iba en el mismo compartimiento que yo, le dieron el pase con toda cortesía, sin molestarle.

Mirando los pinos del camino, cuando el tren se puso a andar en ese paisaje admirable, me di a reflexionar y tuve el agrado de cambiar ideas con otro compañero de viaje, que era un español residente por muchos años en Buenos Aires. Me dijo que las autoridades francesas estaban muy estrictas; que pocos días atrás unas mujeres de vida alegre convidaron a un espía a dar un paseo y engañándole cruzaron con él la frontera, donde le entregaron a los gendarmes y fué fusilado. Yo me quejé al caballero español, y le dije:

—Hay nacionalidades que prestigian a un hombre, como ser, la inglesa. Un individuo nacido en Londres dirá con orgullo: **I am british,** igual que el romano diría: **Civis romanus sum,** y a este conjuro se inclinan las cabezas y sonríen los labios. Se puede ser alemán, dinamarqués, suizo, sueco, pero ser americano del Sur suena a algo cómico y sospechoso. Si uno dice en París que es de Tacna o Buenos Aires, la gente queda risueña y sorprendida, cual si esperase saltos mortales o chirridos de guacamayos. ¿Por qué es esto?

El caballero de Buenos Aires me respondió:

—Esto proviene, en primer lugar, de que la gente iberoamericana verdadera es pobre y no puede viajar. Los iberosamericanos que llegan a Europa en su mayor parte son hijos de emigrantes ricos, y el europeo cree reconocer en ellos a nuevos burguesones o neo europeos tránsfugas de su propia casta, que regresan para epatarlos con su dinero. Por eso experimenta un desprecio íntimo que le sacude con desdén el corazón. El pueblo americano, generoso, romántico, payador, que sabe admirar lo americano, no llega a Europa porque está empobrecido precisamente por no saber luchar contra esos sórdidos emigrantes que les arrebatan sus tierras, mediante su método y ciertas virtudes milenarias innegables aunque antipáticas.

—Me deja usted asombrado.

—Sí, sí, continuó el caballero. Porque la América del Sur es—digan lo que digan—más interesante y divertida que la del Norte. Los Estados Unidos son ricos, metódicos, acaparadores, industriales, pero interesan con una calidad antipática de monstruosidad peligrosa. Nada hay tan antipático, aburrido y brutal como ese conjunto urbano que se llama New York. Por eso el yanqui rico huye de sí mismo y se va a Hawai, a Esterel, a Marruecos, buscando todo lo contrario. La vida snob en Estados Unidos es mortífera; el divorcio ha destruído la familia y el concepto duradero del amor. La mujer, muy respetada, pasó a ser un instrumento que deprime al hombre.

—Le escucho con estupor, dije a mi compañero de viaje.

—No se alarme usted. Nuestra América es sana y bonita: le falta un poco de concordia social para ser perfecta. Carece de vicio porque no se podría llamar viciosa a una gente que se pone alegre con chicha y canta al amor detrás de un álamo. Vicio, vicio grande hay en esas extranjeras lujuriosas que infestan a Niza. La mayoría son anglosajonas o germánicas. Viciosas son esas damas norteamericanas de albas cabelleras que suelen verse en el Lido o en los cabarets de París, buscando cuadros plásticos y sensaciones abominables. Esas damas divorciadas cuatro veces que se encierran a beber como salvajes, son muy inferiores al término medio de las mujeres iberoamericanas. He viajado por el mundo, y le aseguro que los alemanes provincianos, los húngaros, los balkánicos, son inferiores a ustedes en cultura. En Nápoles he visto una clase de indi-

viduos que en sus repúblicas no se producen: rufianes buscadores de dotes, **corretores** de amor, charlatanes supersticiosos, de una ignorancia asombrosa y una rapacidad sin igual Le repito que el europeo no conoce al verdadero ibero-americano, que ustedes mismos se encargan de falsear y denigrar. Cuando ustedes descubran otro entretenimiento que el de despedazarse mutuamente, verán cómo cambiará el juicio que los europeos se formaron.

—¿Y los ingleses son inferiores a nosotros?

—¡Oh! Inglaterra está formada por una casta superior, evidentemente superior, integrada principalmente por esco ceses. Pero el bajo pueblo es el más sucio, feo y miserable del mundo. El **stinkard,** que suele verse al pie de la Torre de Londres, es el reverso de la medalla imperial.

—¿Y el porvenir?

—El porvenir es de la América del Sur. Con el tiempo, Europa achacará directamente a los métodos monstruosos de Estados Unidos su desequilibrio y ruina. De ustedes no podrá decir eso y reconocerá, en cambio, que fueron los brazos abiertos, el hogar del perseguido y el granero del hambriento. Estados Unidos quita y acapara; en cambio, Sud América regaló su sustancia no guardando casi nada. El hecho es que son pobres, teniendo el suelo más rico del planeta. ¿Podrá creer una persona honrada que son Repúblicas mendigas al decir de Tannenberg?

Estas palabras que oí hace más de quince años, suelen volver a mi mente como obsesión.

Existe un tópico para juzgar a nuestra América frente al coloso del Norte. Paul Morand en su última obra, **El Aire Indio,** usa y abusa de este tópico. Paul Morand es de la capital que apoya y consagra, es de París, y el tópico adornado de ricas imágenes será aceptado antes que las ideas vertidas por nosotros los escritores iberoamericanos que escribimos en el carácter de terribles provincianos sin esperanzas de consagraciones ni de bienestar financiero. Paul Morand asegura que si los puritanos hubieran venido al Sur y las tizonas conquistadoras al norte, Lima sería New York y vice-versa; los Estados del Norte formarían cuarenta y tantas Repúblicas, una de ellas, negra.

Permítame, señor Morand. No hay razas sino climas. Todo eso que usted escribe escrito está por nosotros, y aunque es novedad en París, venimos de vuelta dentro del tema. Nos faltó la unión por exceso de crítica, por odio al personalismo o minoría directora; nunca por ausencia de cerebros o ánimos bondadosos. La falta de unión, impidiendo la grandeza colectiva, ha impedido las grandezas individuales por cuanto cada uno refleja en cierto modo a la colectividad y la obra se simplifica en relación con la grandeza de la masa. En los organismos pequeños la obra es más dura y difícil.

Pero hay mucho más: es posible, señor Morand, que si hubiera cuarenta Repúblicas y una negra, Norte América tendría una importancia estética mucho mayor. Alguien dijo que lo más interesante en Estados Unidos son los negros.

Nosotros trabajaremos incansablemente por la unión de nuestras Repúblicas frente al hecho de la unión en el Norte, porque a la larga ellos podrán absorbernos y destruir nuestra modalidad, nuestra lengua y nuestra estructura autóctona, como está ocurriendo en Cuba y Panamá. No estamos metalizados; sin embargo, sabemos que contra el dólar, no hay más que un remedio: el peso grande; nos desagrada lo monótono y lo anodino, y, sin embargo, sabemos que contra la unión monótona y anodina del Norte, no hay más remedio que la unión monótona y anodina del Sur. Cuando consigamos esta unión se acabará ese colorido de cretona que hace tan pintoresco y agradable al tablero de América mirado desde el aire..., pero seremos fuertes. ¡Aquí está el asunto!

Kemal Pachá, el Gazi, ha destruído el color poético de Turquía por eso mismo: para no perecer. Lo fuerte es feo, monótono y matemático. D'Annunzio declaraba durante la guerra europea que Venecia no sería solamente una alcoba para lunas de miel internacionales. En la República española, Azaña obra de igual manera poniendo impuestos a las campanas de Avila. San Sebastián no verá ya más el yate **Giralda** ni los balandros, ni los "títulos", ni la corrida de beneficencia con el palco real enflorado. Pero España es más fuerte. Así, por eso y nada más, nosotros deseamos la unión iberoamericana, y un dólar del Sur para impedir la inundación natural de esa fuerza que podrá ahogarnos sin que se lo proponga siquiera.

Preguntemos a Morand: ¿qué habrá ganado el género humano cuando estas Repúblicas sumen a máquina, fabriquen chorizos por millones, tengan escuadras enormes y sus hombres cambien de esposas como de camisas? ¿Qué habrá ganado Europa cuando estos Estados de la América meridional formen una sola República y dejen de ser compradores ingenuos, es decir, cándidas palomas, para transformarse en gavilanes?

No usemos tanto del tópico, y expresemos de una vez la verdad fuerte.

Joaquín Edwards Bello

El muñeco de púrpura

Ensayo de novela surrealista

= *Envío del autor.* San José de C. R. =

Cuando a Dairene le pregunten por Su Eminencia, en París, dirá:

—Le Cardinal fut envolé une nuit de pluie.

Y respecto del Cardenal (1) se formará leyenda: ¿Habrá sido en tierra de caníbales? Alguien dirá: ¡Rusia!

Dairene querrá aclarar el misterio: Hablará de la casa amarilla frente al Mar Atlántico. El jardín de la casa florecía techos de zinc, herrumbrados hacia fines del invierno tropical. El viento hacía harapos, como para los mendigos del teatro de Lord Dunsany, de las hojas inmensas de los bananales. Hacia el atardecer, tierra adentro, surgían montañas de pliegues de todos los colores del vino, más violeta que jamás lo fué el mar. Las luciérnagas del jardín eran, entre la niebla de la noche, grandes como lámparas de alumbrado municipal. De lo que a la ciudad le costaban esas luces, Dairene dirá que nunca supo nada. Declaración tan cándida sembrará duda. ¿Y la policía?, se le preguntará. La policía jamás quiso saber, naturalmente, el destino de la púrpura romana, por más que, es curioso pero cierto, ese destino inquietara al Patronato Nacional de la Infancia.

Yo, que conocí a Su Eminencia, cuya rara historia tal vez narre, puedo adelantar número limitado de afirmaciones: El Cardenal, envuelto en diarios de fechas atrasadas, se fugó **volontiers** con exnovicia de convento carmelita. Filippo Lippi, el fraile pintor, había tenido, hacía siglos, casi idéntica aventura. El escándalo del fraile aún tiene inquieta la curiosidad del mundo. Respecto de nuestro Cardenal, por inefable que parezca la escapatoria que decimos, fué, de parte suya, angustiosa necesidad; de parte de la exnovicia, obra de misericordia cristianísima.

El Mar Atlántico se había puesto, desde por la tarde de aquel día, de color de lodo, con la lluvia de temporal. La lluvia, en algazara de colegio, había caído, rompiéndose las canillas largas y frágiles, en el lodo de solares sin edificar, y luego,—con bullicio de entrada a clase, con rumor de casa de escuela,—se había echado al mar. El mar la recibía sin estrépito, erizándose en cuádruples olas fieras sólo al paso insolente de los automóviles que iban y venían de San Pedro. En la casa amarilla el Cardenal se quejaba de no tener con quien hablar. La lluvia sobre el zinc herrumbrado de la casa, le recordaba esfuerzos por no quedarse dormido, esfuerzos que le habían envejecido prematuramente, de cuando era seminarista. En la casa amarilla había, ciertamente, dos bueyes finos, de la fauna de los caballos y zebras de Chirico, criaturas no de barro mortal, bueyes sobrenaturales, danzarines de danzas egipcias y que rumiaban griego y pacían latín y aún ignoraban, de puro inocentes, que en el Colegio de San Luis, en Cartago,—¡Cartago!—último baluarte de las humanidades en los centros de enseñanza oficial, al griego no lo querían ni cuando llegaba con dádivas, y el latín que repartían en cartulinas lo mandaban a hacer fuera de la ciudad. Volvamos a los bueyes.

—No por haber recibido órdenes sagradas,—alegaba el Cardenal con su conciencia,—perdemos virilidad los hombres.

Y con el ojo derecho, de iris pequeñito, miraba como al cielo, mientras que el izquierdo, grande y bello, lo clavaba en el mundo. La enguantada mano le caía, lánguida, sobre la rodilla. La esmeralda fabulosa de su anillo le arrancaba tonos de oro a los pliegues del manto.

La exnovicia había dicho: "Mademoiselle Aissé". El Cardenal en eso suspiró. "¿Su Eminencia suspira?", dijo la exnovicia.

La exnovicia era pálida y vestía de luto.

—Recuerdo,—dijo el Cardenal,—las cartas de la bella circasiana de París. "Son petit volume", decía Sainte-Beuve (1), "est un de ceux qui ont leurs fideles et qu'on relit de temps en temps, meme avant de l'avoir oublié. C'est une de ces lectures que volontiers on conseille et l'on procure aux personnes qu'on aime...".

Se habló de Mademoiselle Aissé.

—Messire Charles de Ferriol, haut et puissant seigneur, baron d' Argental, conseiller du Roi en tous ses conseils, sirvió muchos años el elevado puesto de embajador de la corona de Francia ante la Sublime Puerta. Ferriol adquirió la fácil costumbre de comprar para su lecho bellas y dóciles esclavas vírgenes. En el invierno del 1697, si no fue en la primavera del 1698, Ferriol, queriendo ser hombre previsor, compró en bazar de Constantinopla linda criatura de cuatro años. Pagó por ella, pues era hija de príncipe de Circasia, mil quinientas libras. Pocos meses después llevó a la pequeña princesa esclava a París, donde la puso al cuidado de Madame de Ferriol, neé Tencin (2), cuñada suya. En el 1699 Ferriol regresó al Oriente. Tenía entonces cincuentidós años de edad, muy derrochados, y no regresó otra vez a París sino trece años más tarde, cuando Aissé ya había cumplido los diecisiete. Antes de esta última fecha,—quizás al saber que Aissé, de edad de ocho años, se había apasionado infantilmente de Mon-

(1) Recuérdese la *Tercera Exposición de Artes Plásticas*, San José, Costa Rica, 1931.

(1) Véase el ensayo de este gran crítico francés, que precede a la edición del 1846 (París) de las *Lettres de Mademoiselle Aissé.*

(2) Madame Marie—Angelique de Tencin, esposa de messire Augustin de Ferriol, escuyer, baron d'Argental, conseiller du Roi au Parlement de Metz, y querida del poderoso Mariscal de Uxelles.



Jeunes filles au violoncelle

Dibujo de *Marie Laurencin*, París, 1924.

Mlle. Marie Laurencin

= Traducción de *Repertorio Americano* =

Mlle. Marie Laurencin ha sabido expresar, en el arte mayor de la pintura, una estética enteramente femenina.

Desde sus primeras pinturas, sus primeros diseños, sus primeras aguas fuertes, por más que estos ensayos no se significaran sino por una sencillez natural, podía adivinarse que la artista que pronto se iba a revelar expresaría un día la gracia y el encanto del mundo.

Ella produjo luego cuadros en los que los arabescos los formaban figuras delicadas.

Mientras que un Picasso se preocupa, al exaltar lo pintoresco que yace desconocido en un objeto, de hacerlo rendir cuanto puede dar como emoción estética, Mlle. Laurencin, cuyo arte nace del de Henri Matisse y del

(*Pasa a la página 227*)



El Cardenal

Oleo de *Dairene Vanston*

sieur le duc de Gesvres, **aetat XI,**—el embajador le había escrito a Aissé carta tremenda.

Dedos trémulos, cortos, pálidos y manchados de nicotina, revolvieron páginas. Voz callada, de confidencias, leyó un párrafo.

"Lorsque je vous retiray des mains des infidelles, et que je vous acheptay, mon intention n'estoit pas de me préparer des chagrins et de me rendre malheureux; au contraire, je prétendis profiter de la décision du destin sur le sort des hommes pour disposer de vous á ma volonté, et pour en faire un jour ma fille ou maistresse. Le mesme destin veut que vous soiés l'une et l'autre, ne m'estant pas possible de séparer l'amour de l'amitié, et des désirs ardens d'une tendresse de pére; et tranquile, conformés vous au destin, et ne séparés pas ce qu' il semble que le Ciel ayt prit plaisir de joindre".

—Yo hubiera ido con esa carta adonde el Rey, para que hiciera fusilar al embajador,—dijo fieramente la exnovicia.

—Reinaba en Francia por esa época el duque de Orleans, regente durante la infancia de Luis XV. El regente había conocido a Aissé, cuya belleza era extraordinaria, en el salón de la disoluta Madame de Parabére, y se había prendado de ella. Deseándola para su lecho, el príncipe le comunicó su pasión a Madame de Ferriol, y Madame de Ferriol se había prestado para convencer a la pobre circasiana de que su fortuna estaba hecha.

—¡Mejor el suicidio!

—Mademoiselle Aissé pensó, en efecto, que mejor era el convento. Amenazó con hacerse monja si Madame Ferriol insistía en hacerle el lado al de Orleans.

—¿Y Ferriol?

—Sainte-Beuve,—dijo el Cardenal,—le da vueltas a la palabra **veut** de la carta del embajador, mueve cuanta piedra halla en su camino, y prueba que jamás el viejo pudo realizar su sueño voluptuoso. Eminencia, Edmund Gosse (1) halla "considerable difficulty in realising what Aissé's existence was" del 1711, cuando Ferriol regresa definitivamente a París, al 1722, año en que muere el vejete libidinoso.

El ojito pequeño y el ojito grande del Cardenal miraban hacia la eternidad. Sobre el negro mate de su espléndida sotana, juntaba los enguantados dedos. La esmeralda de su anillo, llevado significativamente en la mano izquierda, se abría como **Ojo de Padre Eterno**. La púrpura llameaba.

Se hizo la defensa de Aissé.

Madame de Ferriol tenía, cuando le llegó la pequeña princesa circasiana, dos varones niños aún, el Marqués de Pont-de-Veyle y el Conde de Argental, con quienes Aissé se crió. Cuando crecieron fueron terribles conquistadores de corazones femeninos y burladores de honras de chiquillas ardorosas. La Isla Encantada era el teatro de sus hazañas de amor. La Isla Encantada era el Teatro de la Opera. Para Aissé fueron como hermanos verdaderos.

A Pont-de-Veyle le llama "ángel"; pero D'Argental era su preferido.

Una vez riñó con él. Ocho días les duró el disgusto, hasta que ella, en la mesa, brindó por su salud, y le besó después, contentándose sin darse explicaciones. "Desde entonces",—le escribió ella a Madame Calandrini, en carta que tenía días de comenzada pero que no quería cerrar sin que llevase noticia de la reconciliación,—"Desde entonces hemos estado juntos con frecuencia".

En el ojo grande del Cardenal brilló elegante lágrima inglesa: Lágrima de Edmund Gosse.

—La carta de Ferriol a Aissé fué hallada, ¿no?, entre los papeles del Conde de Argental. ¿No será probable que, así como la pequeña corrió al confesionario con su pasión por el señor duque de Gesvres, haya confiado en D'Argental la amenaza del embajador? Yo quisiera creer en carta fiera del pequeño conde gentil a su indecible tío enturcado.

—Más verosímil aún, ¿no sería de suponer que antes de ir al confesionario con la pasión por el duque de Gesvres, la pequeña princesa hubiese escrito a su dueño el embajador, rogándole, quizás, permiso para amar de todo corazón a su primer enamorado? ¿No sería en respuesta a esa súplica linda que el viejo lujurioso le escribiría la carta infame? Finalmente, ¿no sería, al recibo de esta carta, que debe de haberla atribulado hasta la locura, cuando ella fue a su confesor con su lindo pecado?

Recordando esa primera pasión suya, Aissé escribió muchos años después, en el 1731: "Era **dévote** y fuí a confesarme. Primero dije todos mis pecados pequeñitos; luego tuve que decir ese gran pecado. Mi director se rió y me dijo que no había penitencia que hacer por esa culpa; que yo no tenía más que seguir siendo buena".

En el 1731 ya Ferriol había muerto: ¿A qué recordar Aissé su infamia, especialmente si nada, en realidad, había pasado? En el 1731 el embajador tenía nueve años de muerto. Aissé lo había perdonado. Dios lo había juzgado y, sin duda, perdonado también. Aissé por eso omite hacer mención de la carta de Ferriol y del consejo del confesor de darle esa carta al que más la quisiera de sus hermanos.

—Pero D'Argental no era en realidad hermano suyo.

Detrás del trono del Cardenal había diablo juguetón que tenía electrizados con su aliento los ramos bordados del espaldar: El diablo, al reír, hacía bailar las hojas de seda encarnada.

—Y no sólo eso,—prosiguió el diablo.—Ferriol volvió a París. ¡Volvió! Cuando Aissé ya había cumplido los diecisiete. Y del 1711 hasta el 1722 ella vivió, si no con él, a su lado.

El Cardenal le pidió mil excusas a la exnovicia, y, francamente alarmado, miró con angustia en sus dos ojos al último de los enamorados de Mademoiselle Aissé, que se había echado a llorar.

—Ferriol—dijo el Cardenal,—tenía sesenticinco años hechos trizas cuando volvió a París.

Los ramos bordados del espaldar del trono se movieron tempestuosamente en la risa del diablo. La angustia puso filosa la nariz del Cardenal.

—Sainte-Beuve dice a este respecto,—dijo Su Eminencia, para consolar al último de los enamorados de la circasiana,—que "Il n'y avait pour elle, de ce côté-la qu'un danger, c'etait dans ces années obscures, indécises, oú la puberté naissante de la jeune fille se confond encore dans l'ignorance de l'enfant, alors qu'on peut dire:

Il n'est déjà plus nuit, il n'est pas encor jour.

Or, ces années-lá, ces années **entre le chien et loup,** elle les passa a quatre cents lieus de Monsieur de Ferriol, et rien n'est plus probant en telle matiére que **l'alibi.** Lorsqu'il revint dans l'été de 1711, elle avait déja atteint a cet âge ou l'on n'est plus abusée que lorsqu'on le veut bien".

Como al diablo le pareciera que la exnovicia estaba de acuerdo, furioso de quedar vencido huyó a perderse entre la tempestad de la noche, no sin antes haber proferido insulto a Su Eminencia:

—¡Sí,—gritó el diablo al huir,—Ferriol estaba **vaincu du temps,** viejo y loco! Pretendía que le hicieran Cardenal: ¡Por algo sería!

Dairene, para calmarnos, sirvió café en anchas tazas hondas.

—En Irlanda,—dijo Dairene,—es imposible vivir sin creer en espíritus, même les voir, et moi, j'en ai vus souvent.

En la calma de la discusión, llegada a su fin con la fuga del diablo, la exnovicia halló manera de contar que Mademoiselle Aissé había vuelto a hacerle compañía a Yolanda la Reina (1).

Al solo nombre de esta divinal, criatura, sopló viento tibio de primavera por aquella isla de dos ventanas que daban a la lluvia.

—Con el nombre de Yolanda, ciertamente que se puede evocar toda belleza, toda virtud,—dijo el Cardenal.

La esmeralda de su anillo pareció de pronto zafiro o pedazo de cielo. De su anillo soplaba el tibio viento y levantaba vahos cálidos de las enormes tazas de café.

—Los ojos de Aissé,—continuó la exnovicia,—son aún más tristes que los míos: Se mantienen empapados en lágrimas.

—Pére Boursault,—dijo el Cardenal,—hijo de aquel Boursault enemigo de Moliére, la confesó en su lecho de muerte. Sus lágrimas serán de infinita ternura.

—A mí,—dijo Dairene,—me gusta pero mucho la Yolanda. Valía por toda la Exposición.

—Después de los bueyes, Dairene.

—¡Ah, los bueyes!—suspiró el Cardenal, y el suspiro le borró las cejas.

Dairene reía de verlo desesperar.

(1) Véase el precioso ensayo de este gran crítico inglés en sus *French Profiles*, Londres, 1905.

(1) Recuérdese la *Cuarta Exposición de Artes Plásticas*, San José, Costa Rica, 1932.

Omar Dengo

(ELEGÍA)

= Envío del autor. San José, C. R. =

Rompan las Plañideras las cántaras del llanto;
den a todas las campanas su más profunda voz...
la noche ponga el gajo sombrío de su manto
todo esté en silencio, porque hoy ha muerto un dios!

Un dios por lo que había de luz sobre su frente,
un dios por lo que había en su serenidad,
por su sonrisa honda, por su actitud valiente
de ser grande y ser noble dentro de su humildad.

Omar Hizo el milagro de alcanzar en la vida
con el esfuerzo propio la mayor perfección:
La Virtud, la Cultura, ésas fueron su egida
y el Carácter Invicto fué su mejor blasón.

Pero fué tal su ensueño, tanta fué su pureza,
tan sutil el aliento que animó su emoción,
fué tan alta la idea que alumbró en su cabeza
y tan celeste el ritmo que hubo en su corazón,
había tanto espíritu entre su carne; había
tanto de Dios adentro de su cuerpo mortal,
que al fin, hombre deífico, rompió la carne un día
y fué, rumbo a los cielos, a vivir su Ideal.

. . . .

Cuando reencarne un día
y esté sobre la tierra nuestro querido Omar,
con que inmensa alegría
va a ver que la obra suya pudo fructificar!

Mañana ha de volvernos, como las primaveras,
ungido de lo Alto para darnos SU voz...
y habrá un renuevo en todas las viejas sementeras
y no se irá ya nunca Omar, el joven dios!

Rogelio Sotela

—Es que, en efecto, no necesita cejas el Cardenal,—decía Dairene.

El Cardenal insistía en que se hablara de Yolanda. Dairene enseñó el dibujo de Yolanda,—de cuando Yolanda tenía largo el pelo y era toda ella temprana primavera,—que había hecho Mademoiselle Marie Laurencin (1). Todos quedamos encantados. Pero arreció la lluvia, y el Cardenal dijo que si nos íbamos dejándolo solo, no respondía de lo que le haría a los bueyes. Estaba en tal estado de ánimo que se le borró la boca por completo.

—Es que no necesita boca,—explicó Dairene.

Se dispuso, sin embargo, que el Cardenal fuese a la casa del poeta donde Mademoiselle Aissé le hacía compañía a Yolanda la Reina. Envuelto en periódicos el Cardenal se atrevió contra los elementos enfurecidos y cruzó el Mar Atlántico en tranvía, a eso de las nueve horas de la noche.

La tarde de ese día no había habido clase de inglés en la Biblioteca Nacional.

Cuando el Cardenal entró, Yolanda miraba, lejano, el incendio de Troya. O, es lo mismo, estaría leyendo las **Damas troyanas** de Eurípides. Nada había visto el Cardenal tan encantador como su rostro de ella cuando lo volvió para ver quién entraba.

Bajo la cálida cabellera de Yolanda, los pensamientos se estaban tan tibiecitos que se habían quedado dormidos.

—Yo no sé qué pensar,—decía Yolanda con lindo azoramiento.

El Cardenal le mostraba el dibujo que había dibujado Mademoiselle Laurencin.

—Pero si yo todavía no he estado en París,—decía Yolanda,—ni sé a quién esté abrazando en esta lámina...

—Sí,—dijo el Cardenal—. La vida real tiene todas esas limitaciones. La muerte no es más que la última limitación de la vida y, quizás, la menos desagradable. Pero cuando se vive en fantasía de poeta, ¡ah!

Mademoiselle Aissé miró con ternura la almohada de la cama de su amigo.

Media vuelta a perilla de tornillo cortó la corriente. En la oscuridad se sueñan sueños entrañables. No es posible decirlos.

Hipólito Mattonel

(1) Véase el ensayo sobre esta grande artista en las meditaciones estéticas de Guillaume Apollinaire *Les Peintres cubistes*, editions «Athéna», Paris, 1913.

Mlle. Marie Laurencin...

(Viene de la página 325)

de Picasso, se entrega antes que todo a expresar la novedad pintoresca de los objetos y de las figuras. También su arte es menos severo que el de Picasso, arte éste con el cual el de ella hoy día no deja de tener analogías.

Mlle. Laurencin se apega a la naturaleza, estudiándola con fiereza, pero descartando con cuidado cuanto no sea ni joven ni gracioso, y los elementos desconocidos de las cosas, ella no los acoge si no se presentan bajo aspecto juvenil.

Pienso que es de propósito deliberado que ella ha orientado su arte así hacia la novedad joven, grave o riente. La estética femenina que anteriormente no se había mostrado sino sólo en las artes aplicadas como el encaje y el bordado, tenía antes que todo que expresar en la pintura la novedad misma de esta feminidad. Más tarde vendrán mujeres que exploren otros aspectos femeninos del universo.

Como artista, se puede colocar a Mlle. Laurencin entre Picasso y el aduanero Rousseau. No es indicación jerárquica sino simple constatación de parentela. Su arte danza como Salomé entre el de Picasso, nuevo Juan Bautista que lava las Artes en el bautismo de la luz, y el de Rousseau, Herodes sentimental, viejo suntuoso y pueril a quien el amor conduce a los confines del intelectualismo donde los ángeles llegan a distraer su dolor.

Todo cuanto hasta ahora componía la originalidad, la delicadeza, de las artes femeninas en los encajes, el bordado, la tapicería de Bayeux, etc., lo reencontramos aquí transfigurado, purificado, en Mlle. Laurencin. El arte femenino se ha vuelto arte mayor y no se confundirá jamás con el arte masculino. El arte femenino está hecho de bravura, de cortesía, de alegría. Danza en la luz y se languidece en el recuerdo. Jamás ha conocido la imitación, no ha descendido jamás a las bajezas de la perspectiva. Es un arte feliz.

El arte femenino, el arte de Mlle. Laurencin, tiende a ser un puro arabesco humanizado por la atenta observación de la naturaleza y que, siendo expresivo, se aleja de la nueva decoración sin dejar un instante de ser agradable.

Guillaume Apollinaire

De Erasmo a Voltaire

= De *El Sol*, Madrid =

Contienden estos días eruditos de París y de La Haya sobre la obra de Erasmo.

Una edición de "Los coloquios", que prensas de Holanda han estampado ahora, da actualidad al debate. Coincidiendo con él, nuestro Centro de Estudios Históricos publica "El Enqueridion o Manual del Caballero Cristiano" y "La Paráclasis o exhortación de estudio de las letras divinas", edición de Dámaso Alonso.

Erasmo devuelve a sus devotos la amistad con largueza. El nos exhorta a conciliar las dos antigüedades: la gentil y la cristiana, y elude así la querella que late luego en la Contrarreforma. No es, como se insinúa aun en obras de polémica, ni un apolinarista redivivo, ni un arriano. No es fácil traducir, como traduce, a los griegos sin contraer su trasparencia profunda. Aun los mismos redactores de "La complutense" traían con fruición a la lengua más ortodoxa del orbe, los recuerdos profanos. Tuvo el de Rotterdam, y para su dicha después de todo, contradictores inverecundos. Aquel Estúñigo, y, sobre todo aquel vasco, Carranza, le combatieron con invectivas acerbas. Pero conoció y gustó asimismo, como pocos, la amistad castellana. La amistad, según los antiguos, es una alianza celeste; tal fué para Erasmo y Vives desde que se vieron en Brujas. Frisaba entonces Erasmo en los cuarenta y un años. Vives, en los veinticuatro. Leyendo el "De disciplinis" ya se advierte el calor con que el humanista levantino se ha asociado al de Holanda.

Una vez se estuvieron dos jornadas, "con noche en medio", hablando de intereses eternos. Los dioses, según la lección platónica de que Vives fué escoliasta, nos han traído al mundo a recrearse con nuestras disputas.

En cambio, ¿quién no conoce si es tópico un pasaje de la "Vida de San Ignacio", según el padre Rivadeneyra?

El fundador azpeitiano era ya un hombre cuando estudiaba humanidades. Se le aconsejó que para aprender la lengua latina leyera un libro de Erasmo. Iñigo empezó a leer el "De Milite Cristiano", anotando frases y maneras de hablar. Pero advertía, según ha narrado Rivadeneyra, que se le entibiaba el fervor, y cuanto más iba leyendo más le crecía esta aridez. Hasta que, al fin, "echó el libro de sí y cobró con él y con las demás obras de este autor, tan grande ojeriza y aborrecimiento que después jamás no quiso leerlas".

Cree el de Oñaz que hay letras latinas que sitian capciosamente nuestro albedrío y le hacen capitular. Puede ser, cuando declinan o entran en el punto de corrupción, filtros que adormecen el denuedo. Que tire, pues, el libro el que parte al cerco de Amberes, o el que va a levar milicias de Cristo. Pero el escritor no se manumita nunca de la tutela de las gracias. Que publicistas de aquí



Erasmo De Holbein

ó de allí no sustenten su parvedad en el ejemplo ignaciano. Un fundador puede rehuír el embeleso latino del de Rotterdam; un fundador, sí; pero esos otros escritores tan esquivos con las gracias, no han fundado ningún Instituto. O sea: la rudeza, que viene de eludir el comercio con las humanidades, no les ha ido a la voluntad; se les ha trabado para siempre en la pluma.

El antierasmismo de Loyola es, en todo caso, menos agudo que el erasmismo de algunos grandes españoles, como los dos Valdés, Juan de Vergara, el arzobispo de Toledo, Fonseca; el de Sevilla, Manrique de Lara; el arcediano de Alcoy, Alfonso Fernández de Madrid; el padre Vitoria; el cancelario de la Complutense, Luis de la Cadena; los Mejía; los Maldonado; el teólogo Núñez Coronel; los prelados Esteban Gabriel Merino y Cabrero, Ruiz de Villegas, Francisco de Enzinas, Diego Gracián de Alderete, Alonso de Virués y tantos más.

Erasmo, príncipe del Renacimiento, continúa confinado en la Edad Media. Los diez infolios de sus obras están en latín, y es destino, entre burlesco y melancólico, el de confiar los pensamientos más vivos de entonces a una lengua muerta, o moribunda al menos.

"Uno de los mayores escándalos, se ha escrito de este espíritu que pensaba haber hecho tanto por la restauración y la divulgación de las buenas letras al publicar su edición grecolatina del "Nuevo Testamento", fué el ver a Lutero rebajarse a publicar en lengua vulgar sus libelos".

Ahora, en París, se evoca, al margen del libro de Eugene Baje, "Le siécle des gueux, histoire de la sensibilité flamande sous la Renaissance", un Erasmo nada herético y sí tan sólo humanista y hombre de letras hasta los huesos. Se le compara con Voltaire, y alguno, como Emile Henriot, traza un paralelo ingenionísimo. Véase:

"Erasmo es Voltaire, se ha dicho y conviene repetirlo. El parecido, hasta en la estampa física, es sorprendente. El mimo tipo de hombre delgado, valetudinario, con su punta de escualidez, el ojo agudo, la nariz descarnada, la boca sarcástica y golosa, los pómulos altos, el aspecto de pensador todo en llamas, en nervios, en mordientes. A despecho de la enfermedad, de la complexión débil, de la perpetua queja sobre la fragilidad del esqueleto, los dos hombres poseen el mismo gusto de la vida, de sus alicientes, de sus molicies, y aun de su lujo mismo. Erasmo no se resiste a reconocer que en sus años juveniles no hizo dengues a la voluptuosidad, ni aun a recordar a las amables ninfas, cuyos besos son fáciles, a las que hubo de conocer, razón por la cual guardaba a las inglesas gratitud no menos viva que a los ingleses.

"Se complace Erasmo en dolerse de su pobreza, en la medida justa en que no le consiente mantener más que dos caballos y tres criados. Al mirarle pintado por Holbein, se le adivina, como al rey Voltaire, el gusto de las pieles y de las bellas vestiduras confortables. El uno y el otro son amigos de los grandes, atraídos y mimados por reyes y aun por Papas, pensionados, cubiertos de favores, y están en correspondencia regular con todo lo que cuenta en Europa. Grandes viajeros son asimismo los dos, y fatigan sillas de postas.

"De Lovaina a Roma, en Oxford, en Londres, en París, Erasmo es en todas partes solicitado: por Carlos V, por Julio II, por Enrique VIII o por Francisco I; pero dispuesto a preferir, como Voltaire, Ferney, su estudioso y tranquilo rincón de Basilea o de Friburgo".

Sí; y el genio en uno y en otro sigue, principalmente, la vía liberal, filosófica, erudita...

Los grandes españoles aludidos conocían a Erasmo más a fondo que los erudito actuales. Entre el de Rotterdam y Voltaire hay por medio el latín. Detrás del Erasmo de los "Coloquios", de los "Adagios" y del "Elogio de la locura", hay otro Erasmo, que es "tierra incógnita". Pero del uno y del otro hay que repetir:

Fatalis series nobis insidit Erasmum sed desiderium tollere non potuit.

LAS MANZANAS DE NEWTON

Un libro de Voltaire

= De *El Sol*. Madrid =

Tengo entre mis manos un pequeño volumen de Voltaire: "Philosophie de Newton". Las flores de oro, minuciosas, nos hablan de un mundo exacto que nunca, sin embargo, podríamos completamente precisar.

Apenas contemplamos las hojas amarillentas y nos detenemos ante el estático asombro de esas figurillas que ilustran—muertas y calladas hace tantos años—las páginas del libro, presentimos que cada tiempo tiene su color, su fiesta, el ritmo particular de su hora, y que hay verdades que sólo pueden ser comprendidas plenamente por esos hombres que sintieron y respiraron en su ambiente, en su momento.

Este libro es para nosotros un objeto inquietante: el náufrago de un mundo perdido.

Los rayos de Newton iluminan de siete colores las pelucas empolvadas. Hay siete notas y siete colores; son posibles sinfonías que traspasen bandas de agudos violetas. Los ángeles, en la portada, se arremolinaron para medir con sus dedos la luz cenital.

Nunca podremos comprenderlo.

Pero una Humanidad sencilla, atormentada, se desborda de las páginas de este libro. Y esta emoción y esta luz pueden ya ser acariciadas por nosotros dentro de nosotros mismos.

———

En aquella colina, Newton, al pie de un manzano, se ha dormido pensando en Képler, soñando cósmicos triángulos, mirando absorto el azul perdido. En su alma, silenciosamento, se ha realizado un milagro profundo de mundos celestiales y de números.

¡Dios me ha dicho su secreto! "No creedme a mí. Creed sólo en vuestros ojos y en las matemáticas". Las frutas doradas vienen sobre sí, cayendo. Más allá, mil esferas van girando; siguen rígidas sus rutas elípticas, en un maravilloso equilibrio de masas y de fuerzas. En la orgía celeste, una fantasía de cifras exactas hace siempre precisas las distancias. ¡Estamos en el Espacio absoluto!

Pero escuchadme: si los cuerpos gravitan, Dios ha puesto en ellos la gravedad. Y yo sólo puedo medir, medir con mi compás el Universo.



Voltaire

Un nuevo mundo se abre. Ya no podríamos creer ingenuamente en la paz de esa región blanquecina y turbia de nubes y de almas que nos pintaba el viejo Copérnico en sus mapas del cielo; ya nadie ha de mirar ensimismado esa silenciosa esfera de los bienaventurados en la que clavadas lucían—¡tan cerca!— las diez mil estrellas. ¡Newton ha descubierto los secretos azules!

Una clara razón delimita los contornos; mil golondrinas taladran con sus picos la mañana.

La Tierra, ante este fárrago de números, se inclina temerosa sobre su propio eje como un inmenso corazón dolido. Por los espacios va girando perezosa, sin querer acabar de preguntarse: ¿Cuál es, entonces, mi destino en este decurso fatal?...

El Espacio, tenemos el Espacio ante nosotros. Y este es un atributo de Dios. Pero ¿y Dios mismo?, ¿dónde está?

Antes el mundo era blando. Los dioses estaban muy cerca de nosotros. Aun para Képler, el Sol era el mismo Padre, el Eter—que todo lo llena, que siempre está con nosotros—era el Hijo, y las estrellas, el espíritu Santo. Pero esta vez la paloma de Newton ha volado más allá del mundo sensible. Dios se nos escapa de las manos.

Newton, que, como dice Bertrand Russell, no era completamente newtoniano, angustiado lucha por salvarse. Ha dado el primer paso; pero un abismo inmenso se abre delante de sí. El no afirma; al enunciar su primera ley comienza diciendo: "Todas las cosas suceden como si..." Nosotros somos limitados. Nada sabemos. Dios, ya desde los cielos, nos muestra el camino, haciendo brotar en nosotros la flor de la virtud. Pero nada vemos. "Las tinieblas de Newton vienen de que su luz está demasiado lejos de nuestros ojos", dice Voltaire. El hombre ha de buscar una relación con el Señor para que "el conocimiento de Dios no resulte una idea estéril". ¡Estéril el conocimiento de Dios!...

El mundo se disgrega; ya sólo existe una plenitud ficticia. Un fuego interior nos consume; el fondo se agita, y la marea levanta al viento sus espumas; pero una fuerza extraña nos retiene, paralizando aún nuestros impulsos. Dice Voltaire en un poema inserto en el mismo volumen sobre Newton de que nos ocupamos:

S'élever, s'avancer, vers le ciel qu [l'attire
mais un pouvoir central arrête ses ef- [forts.

Hoy, ya defintivamente, se ha superado la física newtoniana. El mundo muestra abiertamente su brecha; ya nada contiene nuestro ardor. La física moderna se escinde en varios caminos, y todos andamos buscando una unidad perdida. **El espacio absoluto** ya no embelesa nuestros ojos dormidos. Nada nos calma.

A veces, sin embargo, una aurora de trinos prende en nuestra alma como en otros tiempos.

A. Sánchez Barbudo

Voltaire, galante
Su epistolario con las damas

= De *Luz*. Madrid. =

No se puede afirmar, como de Don Juan, que en las relaciones femeninas—amorosas o amistosas—de Francico María Arouet entrasen "desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca".

A princesas altivas, en toda propiedad, sí escribió el poeta —la correspondencia con Catalina II de Rusia y con las hermanas de Federico el Grande, lo atestiguan,—pero, que haya llegado a mis noticias, a ninguna de la segunda categoría; porque, decididamente, Voltaire, ya se tratase de hombres o de mujeres, no estaba por patanes ni por analfabetos, a despecho de toda su democracia... El lector juzgará por los nombres de las damas con quienes sostuvo correspondencia epistolar el filósofo.

La marquesa de Pompadour, a quien Voltaire trató cuando aun no era la favorita de Luis XV, y se la conocía por el plebeyo nombre de Juanita Poisson, o por el oscuro de su marido, d'Etiolles. Profesó mucho afecto a Voltaire, pero con alternativas de volubilidad mariposil, olvidando al viejo poeta por una nueva ilu-

(*Pasa a la página siguiente*)

Voltaire, galante...

(Viene de la página anterior)

sión, el niño Mozart, que con su casaquita de seda brochada, su espada de un palmo y su violín bajo el brazo se inclinaba con adorable gentileza para besar su mano perfumada en los salones de Versalles...

Otra favorita de Luis XV, la condesa de Mailly, declarada querida oficial del rey en 1736—¡sí, "oficial"; así las gastaban en el siglo xviii! (Nota para los que tienen por tema predilecto la desmoralización de los tiempos actuales).

La señorita Claison, cantante de la Opera y luego actriz dramática en el Teatro Francés. Fué discípula de Voltaire en la tragedia. Estuvo una temporada a su lado en Ferney. Después, favorita del margrave de Ausprach, vivió con fausto regio en Bayreuth, pasando de soberana de las tablas, casi casi, a soberana auténtica.

Fanny, condesa de Beauharnais, novelista, separada de su marido y consolada por diversos devaneos sentimentales. En su salón se reunían políticos, nobles, artistas. Era tía de Josefina de Beauharnais, la futura emperatriz de Francia, y tan chorlito la una como la otra.

La condesa de Horn, hija natural de Mauricio de Sajonia, y abuela de la célebre Jorge Sand.

La mariscala del Luxemburgo, protectora de Rousseau.

Madame, Geoffrin, cuyo salón, abierto a todos los intelectuales, fué uno de los más famosos del siglo xviii en París y de la cual ha dejado Sainte-Beuve un inmortal retrato.

La duquesa del Maine (Ana Luisa de Borbón), nieta del Gran Condé, que presidía una brillantísima corte en Sceaux, adonde era asiduo concurrente Voltaire, y en cuyo teatro brilló como actor y autor el sociable poeta.

La encantadora Olimpia Dunoyer, alias "Pimpette", primera querida de Voltaire, que le fué presentada en La Haya cuando éste tenía diecinueve años. La guapísima aventurera acabó casándose con el conde de Winterfeld. Las catorce cartas que se conservan del joven Arouet a "Pimpette" se publicaron en 1720, entre las "Cartas históricas y galantes". Parece que Voltaire—en esto más poeta que filósofo—guardó toda su vida el recuerdo nostálgico de este amor primaveral.

Juliana-Francisca de Buchwald, de Sajonia, cuya opulenta belleza de rubia ninfa a lo Rubens, era el pasmo del ilustre francés, aunque, en general, no le gustaban ni chispa las alemanas... con otra regia excepción. (Sabido es que anduvo enamorado de la princesa Ulrica de Prusia, hermana de Federico II, más tarde reina de Suecia).

Madame Denis, hija de una hermana de Voltaire, a quien profesó paternal afecto el filósofo—necesitado, en verdad, de toda su filosofía para mirar con indulgencia la conducta de esta viuda alegre...—. La cual se encargó de dirigir la casa de su tío, lo acompañó a Francfort y a Suiza y se convirtió en la amable castellana de Ferney, donde vestía con lujo despampanante y coqueteaba (bueno, esto de "coquetear" es un eufemismo) con quien bien le parecía. Muerto Voltaire, la sobrinita volvió a casarse.

La madre de madame de Stael, madame Necker, en cuyos salones se fraguó el proyecto de erigir a Voltaire una estatua. A propósito del caso, el poeta escribía a su amiga, desde Ferney, esta carta, donde chispea el elegante desenfado de su estilo:

"Mi justa modestia, señora, y mi razón, me hacían creer, por de pronto, que la idea de la estatua era pura broma; pero, puesto que la cosa va en serio, permitidme que os hable seriamente.

"Tengo setenta y tres años, y acabo de salir de una larga enfermedad, que ha maltratado mi cuerpo y mi alma durante seis semanas. M. Pigalle, según dicen, ha de venir a modelar mi cara; pero, señora, sería preciso que yo tuviera cara, ya que apenas se adivinaría el sitio donde la hubo. Mis ojos están hundidos tres pulgadas; mis mejillas son viejo pergamino pegado sobre huesos que no se sostienen; los pocos dientes que me quedaban han desfilado. Todo esto que os digo no es coquetería: es la pura verdad. No se ha esculpido nunca a un pobre hombre en semejante estado...", etc.

La duquesa de Montenero, hija de la marquesa del Châtelet (la divina Emilia), y por consecuencia casi hijastra de Voltaire, aunque él protestaba de tal suposición con gazmoños aspavientos cuando Federico II le escribía algunas alusiones maliciosas, hasta el punto de que el augusto corresponsal acabó por dirigirle este párrafo desde Postdam:

"Veo que os formalizáis, por lo que creo de vuestra pasión por la marquesa del Châtelet; yo creía merecer las gracias por tales suposiciones. La marquesa es hermosa, amable; sois sensible y ella tiene corazón; tenéis sentimientos; ella no es de mármol; vivís juntos hace diez años. ¿Queréis hacerme creer que en todo ese tiempo sólo de filosofía habéis hablado a la mujer más amable de Francia? No os enfadéis, mi querido amigo, pero habríais desempeñado un triste papel..." etc.

En un viaje que el rey proyectó a Bruselas, donde residió mucho tiempo la marquesa, ésta invitó al augusto visitante a alojarse en su casa, cuya invitación declinó Federico II. Quizá a causa de este desaire, la del Châtelet llegó a profesarle una tirria feroz. En una ocasión escribía a d'Argental, el antiguo camarada de Voltaire:

"El rey de Prusia se sorprende de que lo dejen para ir a Bruselas... Ha hecho los imposibles para retener a nuestro amigo (por Voltaire), y creo que está contra mí; pero lo desafío a que me odie más de lo que yo le odio a él".

Y, por su parte, el rey escribía así a Jordan:

"El seso del poeta es tan ligero como su estilo, y espero que la seducción de Berlín tendrá bastante poder sobre él para hacerle volver, máxime que el bolsillo de la marquesa no está siempre tan bien provisto como el mío...".

(Aquí toca el rey, con certero instinto, otro punto flaco de Voltaire).

Existió positivamente una rivalidad sin tregua entre marquesa y soberano por el afecto del gran hombre. Este, a los vehementes ruegos de Federico, le escribía, con su inaudito cinismo adulador:

"Hay en Europa un monarca, gloria de su siglo; y me digo al fin: voy a ver pronto a este monarca encantador, este rey hombre, este Chaulieu coronado, este Tácito, este Jenofonte; sí, quiero ir; madame del Châtelet no podrá impedírmelo; dejaré a Minerva por Apolo". (¡Sed más galán, cortesano!)

A pesar de estas promesas, Voltaire no arrancaba, ya con pretextos de su mala salud, ya del tiempo invernal y de las penalidades del viaje, ya de su incesante trabajo.

En muchas de sus cartas el soberano alemán no olvida sus corteses cumplimientos a la marquesa; pero ésta no pudo sufrirlo en toda su vida, que no fué muy larga. Murió al traer al mundo un hijo, resultado de una infidelidad a Voltaire con el marqués de Saint-Lambert, última pasión de la voluble intelectual.

Trágica fué la desesperación de Voltaire, sin que la consideración de la causa la atenuase ni la templase toda su filosofía. Escribía al rey:

"Señor: Acabo de hacer un esfuerzo, en el horrible estado en que me encuentro, para escribir a M. d'Argens; haré otro para ponerme a los pies de V. M.

"He perdido una amistad de veinticinco años, un gran hombre, que sólo tenía el defecto de ser mujer, y que todo París llora y enaltece. Quizá no se le ha hecho justicia en vida, y no podéis quizá juzgar de ella como lo habríais hecho si hubiera tenido el honor de ser conocida de V. M."

Muerta la divina Emilia, sin cuyo "defecto" de ser mujer es de pensar que no se le hubiese aficionado con tanta vehemencia su ilustre compañero, ya nada impedía a éste ceder a las reiteradas solicitudes de Federico II para permanecer en su corte, donde el rey le colmó de honores y le asignó la bonita pensión de veinte mil libras—aunque Voltaire juraba y retejuraba en todas sus cartas que a él no le importaba el dinero,—sin más tarea que la de corregir los muy medianitos versos que el monarca prusiano escribía en francés—tarea que debía molestar bastante a nuestro poeta, pero la molestia estaba bien pagada...

¿Más correspondencia con grandes damas? Con la marquesa "Du Deffand", cuya amistad empezó Voltaire en la juventud y que no cesó hasta la muerte. Esta dama fué gran amiga de los librepensadores de su siglo, de Horacio Walpole, y de la apasionada señorita de l'Espinasse, con quien acabó por reñir fieramente. La distinguida señora tenía un genio de mil demonios, agriado al fin de sus días por la ceguera; un genio tal, que Rousseau, que tampoco era de lo más sufrido, decía de ella: "Prefiero su inquina a la peste de su amistad". Pero Voltaire demostró, sosteniendo esta relación sin cansarse, más tacto, o más afecto, o más paciencia...

Con la Dumesnil, actriz de raro mérito, y que, fuera de empinar el codo con alarmante frecuencia, era un encanto, al decir del burlón pero indulgente Voltaire.

Con la sobrina del glorioso Corneille, cuyo desamparo remedió Voltaire escribiendo sus "Comentarios sobre Corneille" y poniendo el saneado producto en renta a nombre de la huérfana. Su amor al prójimo podía en él a veces aún más que su cariño al dinero en su complicado carácter...

No termina con este nombre la lista de damas con quienes Francisco María Arouet sostuvo correspondencia epistolar, pero quede aquí para no cansar la paciencia del lector.

A todo esto, el viaje de Voltaire a la corte de Federico II motivó el celoso despecho de Luis XV; su marcha voluntaria se convierte en destierro por irrevocable orden del déspota. En vano Voltaire escribió dos cartas a la Du Barry para que intercediese por su regreso a París, donde le esperaba todo el apogeo de su gloria, con un esplendor conocido por pocos mortales.

No pudo volver hasta la muerte del rey, en 1778, último año también de la fecunda vida del filósofo, el 30 de mayo, después de haber visto coronar su busto de mármol con inmarcesibles laureles.

Matilde Ras

Poemas de Arturo Serrano Plaja

= *Envío del autor.* Madrid, 1932 =

Semblanza

Yo soy tal... Yo pertenezco a cual...

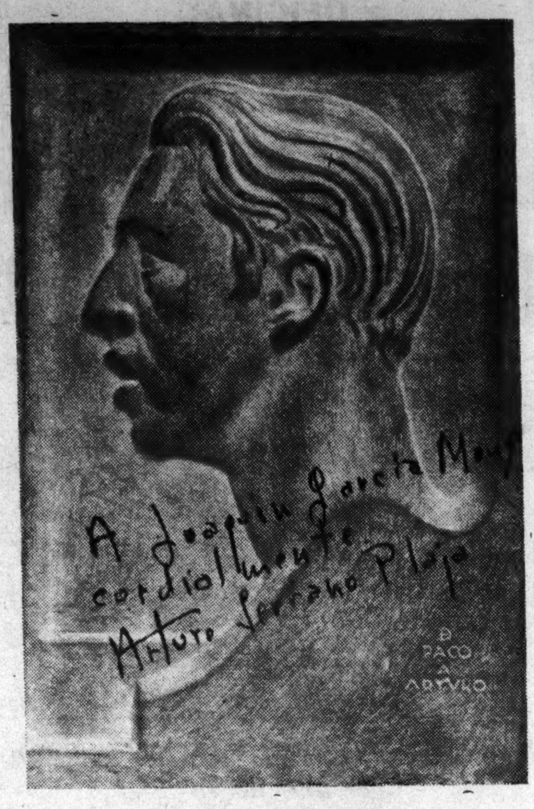
Son los dichos frecuentes del joven que en las letras comienza...

¿Por qué soy tal?... ¿Por qué pertenezco a cual?...

Son las inmensas dudas del incipiente, por lo regular.

La comprensión, por el contrario, es la muestra señera de este joven escritor. Serrano Plaja, intuyendo toda la responsabilidad de lo nuevo, que no siempre resulta lo joven, fija en su obra, la preocupación básica de nuestra generación. No puede, imitar el error de la pasada—no contamos lo auténtico, su residuo positivo,—y no marca insistente una intención, para no realizarla más tarde. Sabe bien que la diferenciación entre la generación que comienza—a la que señaladamente pertenece—y la que silenciosamente—en oposición a sus principios chillones—se extingue, no es más que la diferencia existente entre el que expone sanas ideas, y el que paralelamente de la exposición, cuida del resultado.

Constantemente afirma su apartamiento del ya viejo criterio de los "ismos". "Una preocupación—ha dicho recientemente—deja de serlo cuando voluntariamente la procuramos". Con ello, no hace sino aborrecer el viejo sentir poético, que construía, basado en arquetípicos patrones que imitar; que sentía dentro



Arturo Serrano Plaja

de un "ismo" y para un "ismo". Modelo anacrónico, por su creer en la permanencia. Y para Plaja, él, su único arquetipo, varía velozmente con el instante, pues la emoción sufre veloces metamorfosis, en cada momento, en cada ¡ay! Su poesía, control de los instantes doloridos de su vivir, por todo, no admite el "ismo", desde el instante, que ni aún lo comprende Serrano Plaja, como común denominador de su obra. La variedad de sus poemas—salto de una ingenuidad sana en VIVA, PROFUNDA NIEVE, a la reflexión emocionada de su HISTORIA DE MI SOLEDAD, pasando por la madurez de emotivo pensamiento en ALMA DE MI ALMA—denota que el "ismo", por Plaja sólo es comprendido al crearse para él, por él, y sordo para los demás. El nuevo "ismo", de todo profundamente nuevo, no es sino su obra. Y así Arturo Serrano Plaja, prologó hace tiempo la suya, al afirmar, con motivo de un estudio interpretativo, emocional sobre Jorge Manrique: "De ahí nuestra repugnancia por la especulación y el equilibrio poético, porque brotan lucubrativamente en las mentes prostituídas por la elegancia y alguna nueva "pose", cuando nada hay más nuevo que nuestra constante emoción de asombro ingenuo, de dolor por la poesía".

Y este es Arturo Serrano Plaja; joven y gran arcángel diabólico de lo ingenuo; dinámico profeta de su infantil, expectante sensibilidad.

Enrique Azcoaga

FRESCOR

El surtidor—geométricamente claro—se proyecta en un punto de cielo, inmóvil y magnífico.

Agua: serenidad tan sólo.

Su rigidez de acero—aspiración firme de berbiquí—no es turbado en absoluto por ninguna esponja.

Se diría, que el alba se suicida a diario, en el tobogán—o escala—del surtidor.

El surtidor es un cohete. Y la espuma de su beso se pierde de vista. Allí arriba.

Aquí abajo: piedrecitas del arroyo—limpias—suavizadas de esmeralda. Y el mar verde—encendido oleaje de amapolas—donde pastan las vacas silenciosas.

María Magdalena vierte el borbotón de sus cabellos. Y dos ángeles blancos, puros, tienden al sol sus ropas recién lavadas.

Aún llegan gritos de niñas: húmedos de risa. Y Jesús recién nacido como fresas compradas a las nubes transeuntes. Bate palmas en una explosión de júbilo celeste.

Y el surtidor se pierde en su trayectoria infinita. ¡Naufraga en aquel mar sin barcos y sin gaviotas...! ¡Silencio...! Un ruido—tan sólo—y cesara este suave aleteo, imperceptible casi, de la emoción.

(Febrero 1930.)

VIVA, PROFUNDA NIEVE

EN EL CAMPO

La nieve, profundamente ingenua, invade nuestras almas de frescores puros y silenciosos; de anhelos polares perdidos en la estepa.

En la inmensidad de un árbol sin perfiles late blando un aliento de superación no conocida: una tragedia de insensatos osos milenarios conmueve, pleno, nuestro sistema de blancos.

Blanco sólo: matizado de azul.

La nieve es nuestro sueño, y en sus pliegues delicados de albura, imperecederas, yacen las almas de todos los niños; y en su quietud en el espacio—cayendo—nuestras almas ascienden magníficas.

Perdida la forma, invadida de sopores melancólicos, sólo nos queda el color; sin dudas geométricas, sin quebrados ni rectas, llega limpio hasta nosotros el lírico sentido del blanco.

¡Ya blanco!, blanco, blanco...

¿Comprendéis? ¿Sabéis bien su tragedia? ¿Sabéis que una aguja de hielo taladra el dulce corazón de la nieve?

EN LA CIUDAD

A ése, sí, a ése que pisa la nieve quisiera coger yo. Al que la mancha, al que la ensucia, un recuerdo: que en su alma lejana de niño, tristes huellas de barro, dejaron sus miradas impías.

Triste nieve de ciudad, pobre, pequeña, indecisa. ¿Quién te recuerda, dí? ¿Qué fué de tu anterior fría lumbre?

¿Te sabes tú a ti misma, acaso, iluminada de faros que te asaetean, de ruedas que te cortan, de mangas que, impasibles, te disuelven?

¿Si en el cielo se supiese tu desgracia, y arcángeles conociesen tu ignominia?

Que impresionante tu presencia cuando el cinema; cuando bocinas despiertan prisas y klaxons sierran nervios.

No de cruces, no, sino de cielos, tu ingenuo descendimiento, turbando la actividad de los anuncios luminosos y anegando en blancura la inconsciencia del gas a los pies de un farol moribundo.

¡Estorbando, inútil tú!, que tu sola presencia es el armónico tránsito—puente imposible entre el cielo y el estanque de los parques.

EN EL CIELO

Campo blanco sembrado de azules: inmaculada cosecha de purezas.

¡Miradla! En las alturas, incólume y precisa. Vírgenes y lunas te sonríen nostálgicas de tu ternura. Y en sus manos, los ángeles te fingen espuma de aromas.

¡Vedla ahí! Nieve celestial, alfombra de Dios. En los pechos de la Virgen, superando inciensos e ilusiones.

Nieve azul. Qué gloria. Ya... ni puedo.

Silencio. En la lejanía. Suaves pasos de hielo sobre la nada intangible de la nieve.

(Noviembre de 1932.)

ALMA DE AMOR

De puro amor,
Amor ya no te encuentro
asomado en la ventana de una risa,
ni en el celeste vergel de primavera.

Amor, en la tristeza de mi alma
de mi incierto afán, en la baranda reclinado
te contemplo, Amor, en mi congoja
de pie en el universo, atormentado,
y en el postrer crepúsculo vertido.

De puro amor,
Amor ya no te encuentro
en el breve seno de mi amada
ni en su bucle, su pañuelo, ni su mano.

En el dolor del mundo y en su llanto.
Amor, en sus lágrimas te busco,
infructuoso, en su afán y mi desvelo;
de mi paz avergonzado, y mi sosiego
desbordado en mi amor por este anhelo.

De puro amor,
Amor ya no te encuentro
de mi nostalgia,
ni siquiera en vuelo.

Amor, en el confín de mi horizonte,
preso tú en la música lejana,
presiento, ocultos, tu llegada
a mi interior, y tu ascenso luminoso
en mi vida como única esperanza.

Que la congoja, pena y el tormento
la inquietud, el desasosiego
sean felizmente abandonados,
y alegres serán en ti sustituídos
por la paz, el reposo y la armonía.

Alma soy, Amor,
que en tu busca, angustiada, camina.
¡Alma, Amor, por ti, soy peregrina!

HISTORIA DE MI SOLEDAD

INTRODUCCION:

En la soledad festiva
los más leves recuerdos,
vibraron en mí violentos:

si lejanos, atraídos,
si muertos, resucitados.

NIÑEZ:

Los más leves recuerdos
en mi soledad aquella.

Mi libro azul,
perdido;
mi buen perro,
dormido;

de mi soledad de entonces,
también yo dolorido

ADOLESCENCIA:

Los más leves recuerdos
en mi soledad aquella.

Mi novia adolescente,
mis versos encendidos,
mis cálidos silencios,
mis tristes vocerios;
prendidos en mí, sólo
de mi espíritu, en fiebre
recuerdos de colegio
y amores primitivos.

Los más leves recuerdos
de mi soledad aquella.

Brotando sentimientos
de ocaso en la planicie,
de incendios en mi alma,
de sexos en mi cuerpo;
en mi extático entonces
angustias de mi anhelo,
en mi soledad vidente,
nostalgias hasta cielos.

JUVENTUD:

Los más leves recuerdos
de mi soledad aquella.

Yo eterno en el mundo
—luminoso náufrago—
de mi verdad; y eterno en la amargura,
penetrando, de silencios nimbado,
solo, a buscar de mí la compañía,
y en mi ser, de misticismos anegado,
la exaltación postrera del hallazgo
último en la reliquia de mi vida.

MUERTE:

Los más leves recuerdos
de la soledad aquella.

Yo preso en los cementerios
Tú muerta, madre, muerta
Tú, mujer, ¡muerta!
Tú muerta novia
Yo muerto en los cementerios
entre los cipreses muertos.

¡Muerto el Sol en las tinieblas!

(Abril 1931)

ALMA DE MI ALMA

Por eso, sí,
que mi alma se asombra de los niños y las niñas,
de la luz de las flores y el aroma incierto de los astros,
por eso que no estudio el misterio del llanto,
soy por eso poeta.

Porque mi alma se arrepiente del gozo
que encontró en su ardiente anhelo de pureza
y comprendo en mi ascenso, que a ser puro
ni siquiera tengo derecho,
por eso, sin querer, os lo cuento.

Fué entonces:
cuando mi alegría porque el viento arrebató de mis manos,
dormido, el mejor de mis versos,
reclinado de papel en su más blanca cuna,
y volando impasible
cruel lo abandonó sobre el inmundo lodazal del universo,
cuando supe por fin, que la blancura
es una lacra terrible que los limpios, impecables,
escupen, sin piedad, en el humilde corazón de los manchados.

Desde entonces lo sé.

Desde aquel momento preciso que sobre ti pasaron sin robarte
—verso mío, Alma mía—
millares, millones de botas y zapatos,
y en el borde de aquel crepúsculo sin nombre
junto a ti—junto a mí—pasó un niño
y fuiste—fuimos—un instante, airón y juego de la tarde.

De que mi alma se entusiasme con un lirio
y en mi frente brillase
de mi silente soledad el emblema,
también, desde entonces, me hallo arrepentido
y supe por fin, el sacrificio
que a la estrella le cuesta ser lucero.

Y ya en la gloria del dolor sin goce
aprendí la emoción de los andrajos
y el misterio inefable del sentir perverso:
que el rencor y el odio pueden ser piadosos
y aumentar, quizá, el candor de la desdicha.

Odiando, sí, quería confesarlo
me siento, Dios, orgulloso de ser malo
porque de amor, preciso también, se hace decirlo,
siento remordimiento de conciencia
y conozco que es imposible ya poder ser bueno.

Arturo Serrano Plaja

De una crisis económica y moral. Ideales en baja. Una clase adinerada y sin educación. De unos maestros que ya debieran despertarse

(Capítulo de un libro en preparación)

= Envío del autor. Cartago, octubre de 1932 =

Desde hace algunos años anda nuestro espíritu buscándose un refugio en el pasado, en parte,—¿a qué negarlo?—por gusto del pasado mismo, pero muy principalmente por escapar a la angustia y desencanto del presente. Los tiempos que corren son en verdad aflictivos y desconsoladores. El país, hombres, instituciones, costumbres, todo anda muy de capa caída. Económicamente estamos a dos dedos de la bancarrota, endeudados hasta la coronilla, mitad por improvidencia y mitad por improbidad, con casi todas nuestras industrias arruinadas y con tan poca esperanza de salir de apuros como mucho peligro de que a la postre el acreedor extranjero, cuando vea que no podemos cumplirle la palabra, irrumpa en nuestras aduanas so pretexto de ponerlas en orden y de hacerse pagar.

Pero si el estado de las finanzas del país es malo, sus condiciones sociales y políticas son peores. Al desbarajuste económico, ha dicho hace poco don Eías Jiménez Rojas, uno de los poquísimos ciudadanos que se dan entera cuenta de estas cosas y que no se callan su opinión, corresponde una profunda crisis moral, en nuestro concepto más grave aún que aquél, porque asume proporciones más grandes y porque sus consecuencias afectan hasta la propia raíz de la vida nacional.

No quisiéramos pasar por agoreros de calamidades públicas, pero la verdad es que no podemos ver sin aprensión el porvenir. La República no nos parece segura en este desconcierto y en esta lucha de intereses egoístas exacerbados bajo el apremio de las circunstancias, y no creemos pecar de pesimistas si decimos que los ideales de nuestros mayores, de quienes heredamos patria independiente y digna, están sufriendo hoy una baja tanto o más considerable que la de los títulos del estado o de la divisa nacional. Y aunque tampoco nos gustaría sentar plaza de moralistas de clavo pasado, vamos a agregar, sin embargo, que al decir ideales entendemos también las normas de conducta que orientaron la de los buenos costarricenses de otros tiempos. Moral y buenas costumbres van camino de ser pronto un recuerdo apenas del pasado. No hemos sabido conservar ese precioso patrimonio y la historia tendrá que acusarnos de haberlo disipado.

Verdad es que la Costa Rica de antes no nos ofrecía el espectáculo de una sociedad adelantada, ni de una vida confortable y llena de refinamientos. Cierto que nuestros abuelos vivían con poca comodidad y mucha o demasiada sencillez, pero al menos la austeridad de sus costumbres, la modestia de sus ambiciones, la varonil resignación con que afrontaban los trabajos y las molestias de una existencia bastante primitiva, eran buena escuela para la hechura del carácter, tan buena como son malas disciplinas lujos y refinamientos que no riman con nuestros escasos recursos para la edificación moral de las nuevas generaciones.

Armario Colonial
Lo exhibió el Prof. don Elías Leiva en la Exposición de Antigüedades de Cartago

Ya estamos oyéndonos llamar con horaciana ironía: **laudator temporis acti.** No creemos, sin embargo, habernos dejado llevar del encanto que presta a las cosas la lejanía cuando aseguramos que la hombría de bien del costarricense chapado a la antigua no es invento de costumbristas o de poetizadores del tiempo pasado, sino un hecho real y verdadero, con sus naturales excepciones, claro está. Y es lógico que así fuera. Aquella sencillez de costumbres, aquella modestia de ambiciones, aquella conformidad cristiana que informaban la conducta de la gente de antes contribuían a hacer de la existencia, si bien dura en el sentido de la comodidad que ahora disfrutamos, algo menos complejo, menos exigente, menos difícil y menos costoso. Por un lado el individuo tenía que tolerar muchas mas molestias de orden material, pero por otro, su modo de vivir no le exigía tanto desasosiego y tanto empeño en obtener el dinero con qué es fuerza pagar el confort con que ahora vivimos. Había menos demandas a la vanidad, a la sensualidad, a la codicia, que son los resortes, hay que confesarlo, del progreso, al menos del progreso material, pero que también son responsables de la mayor parte de las indignidades y las trasgresiones morales que ocurren con innegable frecuencia en la sociedad moderna.

En el caso de Costa Rica, este fenómeno parece agravarse por circunstancias especiales que trataremos de señalar aunque sea de prisa. Todos sabemos que nuestra clase media ha sido, es y será por mucho tiempo más o menos pobre. Pues bien, la transformación de sus costumbres no ha llevado el paso con el incremento de sus medios pecuniarios. Las comodidades que ha introducido en su vida, aunque pocas, si se las compara con las que disfrutan los individuos de esa misma clase en otros países, son más y mayores de las que sus entradas pueden sufragar. Ninguna observación es tan frecuente entre nosotros como la de que estos fulanos o aquellos sutanos viven con más lujo del que debieran. Cuando la palabra lujo no se refiere a gastos verdaderamente inútiles, como los tragos tomados en el club o en la cantina (y digamos de paso que aquí sería difícil acentuar mucho la diferencia entre clubs y cantinas), o como las pretensiones elegantes de la hija casadera, si bien muy de acuerdo con sus ansias matrimoniales, resueltamente en pugna con los recursos del pobre padre de familia, significa conveniencias o comodidades que constituyen cada fin de mes un desequilibrio en el presupuesto doméstico, y son origen las más de las veces de trampas, enredos, o de otras cosas más graves.

Esto, respecto a nuestra clase media, y con mucha razón respecto a nuestros obreros. Vamos ahora con nuestras llamadas clases altas.

Digamos primero que en Costa Rica no ha habido realmente aristocracia, sin que neguemos por esto la existencia en lo antiguo de gentes de abolengo aristocrático. Sí que las hubo, cuya información de sangre hubiera demostrado quizá cualidades de la más rancia nobleza, pero todas vinieron de España sin gran fortuna, y ninguna logró adquirirla aquí. Esta era una oscura y pobre provincia de la Corona de Castilla, donde no había riquezas minerales ni pingües industrias con que dorar cuarteles nobiliarios. Nuestros nobles no pasaron, pues, de ser lo que llaman en la Península "hidalgos de gotera", hombres serios, sobrios, buenos cristianos que viven holgadamente, mas sin exceder los límites de la dorada medianía. Ninguno vivió en grande, ninguno hizo jamás, como se dice, casa de dos pisos, ni comprometió la solidez de su hacienda en locuras fastuosas, convites espléndidos, exquisiteces culinarias o esplendores de guardarropía. No hubo entre los primates de la Colonia o de los primeros años de la República nadie que nos recuerde a un José de la Borda, que se gastó parte de las riquezas extraídas a los cerros auríferos de Tasco en los deliciosos jardines de Cuernavaca que habían luego de encantar al alma trágica de Maximiliano; o a un Conde de Rul, constructor magnificente de una iglesia para sus mineros de Guanajuato, que podría ser-

vir en cualquier parte del mundo de hermosísima catedral.

Las casas que habitaban nuestros próceres coloniales son bien poca cosa al lado de los palacios de México o de Lima, cuyas puertas embellecían primores de arte e ilustraban las armas de añejas estirpes. El tren y el regalo de sus vidas tampoco iba más allá de la holgura tranquila en que vive cualquier persona de posibles. De sus descendientes, lograron conservar el patrimonio los que lo administraron con prudencia y parsimonia. Quienes excedieron los términos modestos en que habían vivido los progenitores, comiendo como gran lujo tortilla con queso, para decirlo al modo pintoresco de Don Nicolás Oreamuno, se arruinaron.

Para hacer cumplida justicia a los hombres de antaño, hay que agregar que si usaban del dinero parsimoniosamente, sin incurrir en las ostentaciones un poco cursis de los adinerados de ahora, no cabe duda que eran más generosos, y que tenían un sentido de cooperación social más fuerte y mejor cultivado. Para convencerse de esto no tiene uno más que preguntarse a quienes debe el país sus principales instituciones de beneficencia: casi todas ellas son de larga data y están fundadas sobre un legado y sobre el empeño y la caridad de hombres pertenecientes a la Costa Rica antigua.

Los ricos de nuestros días, sólo por excepción, legan su nombre y su dinero a una obra de bien común. Los más viven indiferentes a las necesidades ajenas, y mueren preocupados con la idea de evitar que sus herederos reciban el capital libre hasta de los impuestos que la ley destina a fines caritativos. Muy rara vez tienen un movimiento generoso. En cambio nuestros viejos casi nunca se despedían de este mundo sin dejar siquiera una manda para ayuda de los pobres, o para el mayor esplendor del culto religioso que había confortado sus almas en la vida y en la muerte.

Hay otro punto que no quisiéramos pasar por alto, y que consiste en el mal uso que nuestros ricos hacen del dinero. Vamos a hablar de eso, no para describir ese mal uso, que tal cosa huelga en estas líneas destinadas a ser leídas principalmente por costarricenses, sino para confirmar la verdad de la observación de Renan, esto es, de que "el mejoramiento material de los individuos, cuando no va acompañado del grado de educación correspondiente, está lejos de favorecer su mejoramiento moral". "El pueblo" dice aquel ilustre pensador, (y aquí agreguemos nosotros que pueblo vale decir toda gente ineducada) "es mucho menos capaz que las clases elevadas o ilustradas de resistir a la seducción de los placeres fáciles que no están libres de inconvenientes más que cuando uno está **blasé** de ellos. Para que el bienestar no desmoralice es preciso estar habituado a él; el hombre ineducado se echa a perder pronto en el placer, lo toma groseramente en serio, no se aburre de él".

Excusándonos de suscribir a las consecuencias políticas que Renan sacaba de su observación, diremos resueltamente que la nuestra nos lleva a tenerla como verídica. Ya hemos visto que la clase adinerada de Costa Rica, con raras excepciones, se caracteriza por su falta de altruismo y absoluta incapacidad para la cooperación social. Pues bien, agreguemos que tan grande como su sordidez es su frivolidad, su necia complacencia en la ostentación del dinero, su mal gusto, sus malas maneras, y sus ridículas y vanidosas satisfacciones. Después de ver a estos ricos en la intimidad, después de oirles sus cháchara plagadas de chismes y superficialidades, en que no apunta una idea generosa, ni un sentimiento decente, sino por milagro, después de sufrirles su desdeñosa incomprensión de todo lo que no sea pesos y centavos, hay que convenir necesariamente con el dictamen del filósofo francés. A estos hombres les sobra todo, sólo falta aquel requisito insustituible, aquel **savoir vivre**, que es bien distinto de lo que aquí entienden por esto, aquello que concede simpatía a las personas, distinción a los actos, autoridad a las palabras, y buen tono a las costumbres.

Nuestros ricos son amigos de viajar. Uno pensaría que esto pudiera darles alguna amplitud mental y mejor entendimiento de las cosas del mundo. Desgraciadamente no es así. Nuestros ricos van y vienen de Estados Unidos y de Europa y siguen siendo los mismos. Están atacados de un incurable provincialismo y de una falta de visión y simpatía y de curiosidad intelectual grandes. En sus viajes no ven sino lo externo, lo obvio, lo que complace su temperamento comodón y vanidoso; lo que habla al espíritu se les pasa desapercibido.

Algunos habrá que encuentren exagerado y hasta calumnioso el retrato que hemos trazado, pero salvando a unos cuantos de nuestros magnates que son personas discretas, sencillas, modestas, con ideales de trabajo y de progreso (apresurémonos a decir que tales excepciones se dan más frecuentemente en hombres surgidos del puro pueblo que en los que salen de las clases alta y media), estamos seguros de que la experiencia y observación de casi todos nuestros lectores concurren en este punto con las nuestras.

Hemos señalado el mal y nombrado el remedio: educación. Desde luego hay que convenir en que nuestras escuelas y colegios no están enteramente exentos de culpa a este respecto. Su labor educativa no ha sido todo lo vigilante y eficaz que era de desearse para contrarrestar el mal. A veces, hasta cabe dudar de que se hayan dado siquiera cuenta de él, tal es la indiferencia con que ven esta irrupción horrible de ramplonería, vulgaridad y desmoralización apoderarse poco a poco del país.

Despierten los maestros ante el peligro que nos amenaza. No esperen oír la voz de rebato para hacerse cargo valientemente de su responsabilidad; entonces, cuando suene la campana o se encienda la almenara en congojas de alarma, ya será tarde. Despierten desde ahora. Cuiden, defiendan las costumbres de los jóvenes y los gustos, hoy solicitados más que por el libro o la conversación inteligente, por la bobería cinematográfica; cultiven en ellos la conciencia de los deberes patrióticos y el sentido altruista que ennoblece al individuo y hace grandes a los pueblos. Adoctrínenlos sobre todo en el amor de nuestro pasado para que les eche raíces el espíritu en la patria honesta, trabajadora y dueña de su destino que era la Costa Rica de antaño. Diríjanlos a la conquista del campo que así ayudarán a desarrollar nuevas fuentes de riqueza y escaparán a la humillación de vivir gravitando sobre nuestras empobrecidas ciudades. Hay que enseñarles a cultivar la tierra, nuestra tierra. Cultivarla es la mejor manera de defenderla de la asechanza extraña.

Y con las cosas del espíritu hagan los maestros y hagamos todos otro tanto: cultivemos lo propio, defendamos nuestros ideales de vida, la sencillez de nuestras viejas costumbres, en vez de dejarnos imponer usos, cursilerías casi siempre, de otras partes. No es que querramos cerrarnos a todo lo extranjero sólo porque es extranjero, aunque de ello pudiéramos salir beneficiados, pero sí discernir entre lo que conviene o no, entre lo sustancial y lo frívolo. Examen, sentido crítico, es la cosa que más falta nos hace. No hay más que ver por el lado que van nuestros entusiasmos, digamos por caso, en literatura. ¿En qué se cifra generalmente nuestra admiración por las letras francesas? En lo peor que esa admirable literatura tiene que ofrecernos, en aquello precisamente que decía Ernesto Renan: "sa basse presse, sa petite littérature, ses mauvais petits théâtres dont le sot esprit, aussi peu francais que possible, est le fait d'étrangers".

Tal vez habrá quien nos moteje de pedantes. Pero el mote no nos arredra ni disuade de decir con toda la vehemencia a nuestra disposición que no hay nada en la actualidad que logre irritarnos tanto como esta necia e inconducente admiración de nuestros frívolos afrancesados por toda suerte de futilezas galicanas, como no sea el entusiasmo que suscitan entre nosotros las platitudes y chocarrerías que los mal informados toman como producto representativo de los Estados Unidos.

Reaccionemos animosamente contra todas estas cosas. No seamos provincianos, mas tampoco hagamos más el **badaud** ni en el boulevard ni en Broadway. Vayamos con ojos y mente abiertos por los caminos del mundo observando y aprovechando lo bueno de todas partes para volver luego a lo nuestro fortalecidos con el ejemplo de las serias disciplinas, de los arduos esfuerzos y de los ideales que constituyen la grandeza de esas y otras naciones. Sí, volvamos siempre a lo nuestro, estudiemos con amor nuestra historia y nuestra lengua, y seamos leales a nuestra ascendencia espiritual. Las piedras itinerarias del camino que se abre ante nosotros son: Costa Rica, América, España.

Mario Sancho

Estampas
La inmersión saludable y salvadora

= *Colaboración directa* =

La expresión de un amigo nuestro cuando, después de un receso moderado, vuelve a la lectura fecunda de los clásicos griegos es ésta: inmersión. Sugiere la busca del espíritu de esas aguas de curso y salud eternos. Las almas que las crearon exploraron mundos a los cuales no suele ir muchedumbre de gentes. Para muchedumbres fué la exploración, pero de sus frutos no se aprovechan sino unidades aisladas. Nuestro amigo busca las inmersiones en las páginas de los grandes escritores antiguos y puede mantener su fe en la vida. Trabaja en un medio que es como lija de las idealidades. Y sin embargo es clara y firme su definición en el rumbo de la obra tenaz. Conoce el beneficio de esa sabiduría estampada en los renglones clásicos y en cuanto no más el medio estéril quiere entorpecerlo, busca la inmersión salvadora.

Lo que nuestro amigo hace con los clásicos griegos puede hacerse con todos los escritores grandes de todos los tiempos. Si no los olvidamos y hacemos de ellos guías, estarán siempre infundiéndonos aliento para la obra pequeña o grande en que estemos empeñados. El desánimo que la vida produce en su incesante lijar es compensado con la luz animadora que difunden los escritos de aquellos que trabajaron para la eternidad. Hablamos sintiendo las atracciones de un medio estéril y esterilizante. Aquí las fuerzas que hacen chata la inteligencia y el espíritu están difundidas y en acecho contínuo. Defenderse de ellas es tarea formidable. Nuestro amigo encontró en los clásicos la defensa máxima. Sus inmersiones le dan la superioridad que pide el aplanamiento del medio. Hagamos como él y creceremos en idealidad, que es crecer en pujanza luchadora. No nos volveremos ruinas, es decir, no seremos estorbo de la civilización demandada por un país que hace alarde de culto, de libre, de pacífico. Todo alarde es el resultado de la mentira. Entre nosotros la mentira ha cundido vorazmente. Y es porque los hombres ahogados por la chatura fatal del medio, encuentran que es fácil la postura, mejor aun, que es necesario aparentar para que la tradición engañosa no se borre.

Pocas o ninguna capacidad tenemos que salvar del aplanamiento del medio, pero nos gusta practicar las inmersiones de que habla nuestro amigo. Ya empieza el desánimo a trabajar en nuestro espíritu. Lo sombrío está crujiendo cerca de nosotros. Oímos la queja de los hombres-ruina. Las miserias morales desafían desde el sitio de dominio que han asaltado. Pues, a la lectura de uno de los grandes. A dialogar con él y a aspirar que nos dé luz que disperse tiniebla. Aquí está Ruskin, visionario, áspero cuando debe demoler, armonioso cuando aconseja. Es decir, aquí está Ruskin creador. Habló para un medio sordo a las voces mínimas. Fué la suya voz tempestuosa y se impuso y la acataron. Leerlo cuando nos va devorando el desánimo es subir por sobre el medio y aprender a dominarlo. ¡En cuánto campo trabajó su mente! Y como pudo señorearse, da al que intente la lectura de sus páginas, fuerzas para esta lucha grande de la vida.

Con Ruskin el visionario vamos venciendo las atracciones abismales del medio. No para hacer ostentación de capacidades que no soñamos. Mas sí para no volvernos ruina. Aquí la ruina es la que adquiere relieve político, literario, científico, artístico. Por eso no queremos ser ruina. El desánimo lo vencemos para mantener las pocas aspiraciones que van dándonos un buen sentido de la vida. No aplanarse para no figurar es una de las grandes aspiraciones nuestras.

Ruskin cuidaba el futuro de su nación, es decir, no era un indiferente a los problemas económicos, educacionales, culturales. La conciencia pública estaba pendiente de su parecer y lo solicitaba para formarse juicio. El daba el fruto de sus meditaciones e imponía normas. Un día quieren que analice el Trabajo, otro que La Guerra, otro que El Tráfico, otro que El Futuro de Inglaterra. Expresión varonil la de Ruskin. No es la del teorizante que abandona por conveniencia las realidades del medio y traza un panorama humano imaginario. Ruskin dice al inglés lo que el inglés tiene que ver en su medio, en el medio que va viviendo y sintiendo, agresivo o halagador. No cultiva la popularidad, en consecuencia.

Define admirablemente, con claridad para todas las comprensiones. "Educar, dice, o gobernar, son una y la misma palabra. Educación no significa enseñar a la gente a conocer lo que no conoce. Significa enseñarla a comportarse como no se comporta. No es enseñar a la juventud de Inglaterra la forma de las letras y el engaño de los números; y dejarla después para que vuelva picardía su aritmética, y su literatura, impudicia". Definió así hablando del futuro de su nación. Pero dió la definición que sirve al futuro de todas las naciones. La Educación que impone el control oficial es precisamente la que separa al hombre de la conducta vigilante y lo vuelve azote miserable de la seguridad de la nación. Vigilar es una forma grande de gobernar. Dando la Educación este sentido profundo de la vigilancia daría al hombre un poder formidable en el gobierno de su patria. Pero no despunta por este horizonte el anhelo de la Educación. Lo que interesa es atiborrar de conocimientos que nunca aplicará el hombre en su vida de ciudadano. Es perfilarles el número que les dará la aritmética que emplearán en envilecerse. Es pulirles la palabra que usarán en menesteres sucios.

Y lo de valor profundo de la Educación mientras tanto, olvidado, caído en la miseria. El gobierno de una nación, que es lo que constituye la fuerza mayor de dominio, no tiene para nada parte en la Educación impartida. Para Ruskin, Gobierno y Educación equivalen a lo mismo. Pues lo que pasa por Educación no tiene relación con el Gobierno de cada país. Al hombre se le aleja por entero de las cosas de la patria. Se le nutre de superficialidades que no van a dejarlo levantar el entendimiento para darse cuenta de que vive en un suelo que necesita cuidarse, que necesita defenderse con sacrificio. Es decir, que vive en un suelo en cuyo Gobierno tiene el hombre que participar, no ocupando el puesto de grande o de pequeña categoría asignado en los presupuestos, sino extendiendo su pensamiento a todos los problemas. Para la Educación no hay problemas que presentar al hombre. Solamente hay reglas de vida acomodadas a tradiciones supersticiosas. Del Gobierno se ha creado un concepto errado para hacerlo en algo separado por completo de las preocupaciones e ingerencias de los hombres. Gobierno es para la Educación mando, aparato. Pero cabría mejor volver al sentido profundo revelado por Ruskin. El Gobierno hecho desde abajo, es decir, sin las mentiras y las ilusiones del poder. Porque si el hombre encuentra que la Educación le vuelve activa su conciencia y se la vincula a todos los asuntos de la nación, sin hacer separación entre los que pertenecen exclusivamente al trato de los gobernantes, y los que el hombre puede fiscalizar, piensa en la Educación como en algo de valor real. No debe haber en una nación, así sea la de Ruskin, con su magnitud, como la nuestra, con su pequeñez, problemas vedados al juicio del hombre. No debe haber Gobierno para unos y órdenes para otros. Lo que reclaman las naciones es gente interesada en la vida, empeñada en buscar las causas que les pudren la existencia fuerte. En suma, ciudadanos sensibles al crecimiento de su nación, con una sensibilidad que registra hasta los más pequeños cambios.

Pero anhelaba mucho Ruskin y lo que él concibió sólo queda para estímulo de aquellos que quieren seguir pensando en las cosas de la patria con devoción profunda. El Gobierno en el cual él veía participando al hombre de todas las categorías, en una aspiración o idealidad sin realización posible. Mientras la Educación de los pueblos siga oficializada no se separará de las tradiciones rutinarias. El Gobierno es cosa reservada a una casta. La Educación no combate castas. Ella misma es el producto de castas. De manera que pedirle a esa Educación el significado que Ruskin le asigna de ser a la vez Gobierno, es ilusionarse.

Son saludables estas inmersiones en las aguas riquísimas que han vuelto caudal los escritores grandes de todas las épocas. Salvan del aplanamiento del medio. Infunden un aliento para no sucumbir al desánimo que pudre toda aspiración. Practíquenlas los que quieran salvarse para la obra de lucha que reclama en cada país la inteligencia y el corazón de los mejores.

Juan del Camino

Costa Rica y noviembre de 1932.

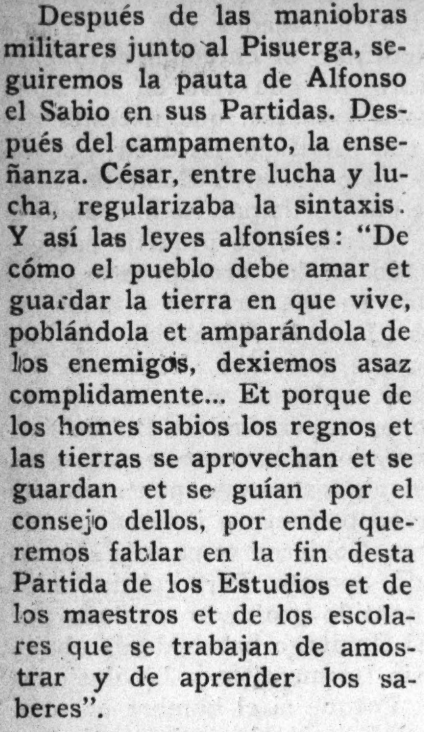
EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.)
Giro bancario sobre Nueva York.

Cátedras de Lengua latina

= De *El Sol*. Madrid =



Después de las maniobras militares junto al Pisuerga, seguiremos la pauta de Alfonso el Sabio en sus Partidas. Después del campamento, la enseñanza. César, entre lucha y lucha, regularizaba la sintaxis. Y así las leyes alfonsíes: "De cómo el pueblo debe amar et guardar la tierra en que vive, poblándola et amparándola de los enemigos, dexiemos asaz complidamente... Et porque de los homes sabios los regnos et las tierras se aprovechan et se guardan et se guían por el consejo dellos, por ende queremos fablar en la fin desta Partida de los Estudios et de los maestros et de los escolares que se trabajan de amostrar y de aprender los saberes".



La modernidad de estas palabras es su fervor de Imperio y su sangre latina. Nuestro mejor siglo XIII soñó glorias de Roma sobre la universalidad de su cultura. Gracias al tribium y al cuadrivium, nos despertamos españoles, casi manumitidos. Por algo eran las artes liberales, esto es, que redimían.

La "Vita nuova" tuvo una Universidad de textos clásicos, un ansia viva y una memoria de poetas y de capitanes. Gestas, códigos y hemistiquios. Fué la concordia de la antigüedad, sin principio ni fin, como el mismo Dios, y la nación contemporánea, ya circundada por los carabineros. Esa concordia repercute en la definición de un buen decano actual—García Morente:—"Como Facultad entiendo la unidad compuesta de profesores y alumnos" y en la más remota definición del hijo de Fernando el Santo: "Estudio es ayuntamiento de maestros et de escolares, que es fecho en algunt logar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes".

Una política diferente trajo un retorno al derecho y al alma quiritarios. Toda intuición política es anterior a los signos que matan. Otra política distinta fundó y protegió la complutense. Las grandes políticas de España se han aliado cada vez con una educación tradicional de humanidades. Aquí está presente la reforma de la Facultad de Filosofía y Letras en 1932. Aquí está el nombre de una joven revista de estudiantes de la F. U. E.: "Cómpluto" (1). Hacia 1508 había germinado el "orbis novus" del Emperador Carlos V, y el cardenal Cisneros necesitaba sofrenarlo dentro de una armadura de metal perenne. La Universidad de Alcalá de Henares contó media docena de cátedras de Gramática latina, en donde se entrenaron los cerebros y se agitaron para aquietar el caos. Nacía una ordenación cósmica y jerarquizada de la vida de nuestras mentes amplias, pero firmes y robustas por el silogismo. Algunos períodos de Cicerón son de una lógica impecable de relojería, y en un quiebro de discípulos suyos clavamos nuestra espada y nuestra razón en la nuca de los dos continentes.

Poco a poco se esfuman la servidumbre y la grandeza del latín. Sabemos que en el Trilingüe de Salamanca sólo lo mascullaban durante el invierno, cual otro regocijo, alrededor de la candela. Sin su espíritu plástico ni su genio coherente, la batalla hispánica perdía teólogos en la Contrarreforma, soldados en Europa e ilusión en la Península.

Cien años antes de la ruina total, cuando era otra hecatombe la Universidad de don Diego de Torres y Villarroel, el padre jesuíta Mariana redactó, sincero: "No hay duda sino que hoy en España se sabe menos latín que ahora cincuenta años. Creo yo, y aun antes lo tengo por muy cierto, que una de las causas más principales de este daño es estar encargada la Compañía de estos estudios". ("De las cosas de la Compañía". VII. 2). El latín de Nebrija era el latín de Tito Livio, sin patria fronteriza ni tirano hablándolo. El latín de los jesuítas fué el latín de los Papas, la lengua del poder pontificio, adversario tenaz de otra cualquier soberanía. Ese latín resultaba infecundo en España y era un menoscabo de la propia índole. Por lo mismo fructificó en Italia la fascinación de la "palis" sobre la "civitas"—el influjo ideal de una cultura muerta—y aniquiló al país el "hinterland" francés sobre nosotros—la expansión de un imperialismo dominante.— Los jesuítas obedecían a Roma como Felipe V a la Corte de Versalles.

Jesuitismo y borbonocracia iban desnudándonos de apetitos carnales de dominio. La jovialidad del latín renacentista huía delante del pedantesco empaque de las dedicatorias en los arcos sin triunfo y en los jardines botánicos. En último término, el latín del siglo XVIII es el latín cosmopolita y frío de las clasificaciones de Linneo.

El ministro fernandino don Javier de Burgos tradujo a Horacio para las románticas. Las Glicerias, las Lydias, las Cloes de aquella época eligieron un lema insobornable— "Tecum vivere amem, tecum obeam libens"—vertido pomposamente al castellano. Aquella amorosa fidelidad sostuvo el rescoldo de la guerra carlista. Guerra de guerrillas, de labriegos y de pisaverdes, de gente roussoniana y desamortizadora, que retornaba al campo con el "Beatus ille" encima de la boca y "La desesperación", de Espronceda, en el corazón—no ignoramos que "La desesperación" no es de Espronceda. Tampoco el desconsuelo del comprador de bienes eclesiásticos era demasiado profundo—.

En 1850, el Estado español exigía al alumno del bachillerato el aprenderse de memoria la "Epístola de los Pisones". Y en el umbral del 98, Unamuno se preguntó, catastrófico y estremecido: "¿Para qué nos sirve el latín, Dios mío?" La necesidad se hizo problema con Miguel de Unamuno. Ahora bien: los problemas o se resuelven con los dedos de la mano o son los enigmas de la fábula, quienes devoran a los hombres y sus ciudades.

La República española no ha querido conservar un logogrifo inútil: por tanto, acaban de crearse en la Facultad de Filosofía y letras de Madrid ocho cátedras de Lengua latina. ¿Para qué sirve el latín? Ahora mismo resucita el vetérrimo adagio: "Con latín, florín y rocín andarás el mundo".

Otra vez se nos abren la "vita nuova", el "orbis novus" enfrente de los ojos. El florín, la economía propia o ajena, importó siempre nada. "Rocinante" vuelve al camino, anticipaba el viajero. Dos Passos en las postrimerías del reino. Después de la restauración nacional de la República española, los caminos del mundo nos esperan.

Juan Aparicio

---

(1) Universidad de Madrid. Facultad de Filosofía y Letras (programa de cursos 1932-1933). Revista *Cómpluto* (órgano de la A. P. E. F. L.). Octubre 1932.

Imprenta LA TRIBUNA